

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 55 - Mayo de 2014 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



8

Mordisco de amor



10

De la onirofilia y sus viciosas prácticas



12

El Árbol del Brujo



16

La Reliquia



22

La villa de Mulhouse



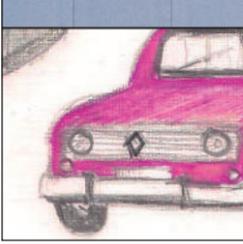
24

Frutos de la pasión



26

El hombre de la rosa



UNIVERSO CENTRO
Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

- Fernando Mora
- Guillermo Cardona
- Alfonso Buitrago
- David E. Guzmán
- Andrés Delgado

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DIRECTOR COMERCIAL

– Alejandro López

comercial@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– María Isabel Naranjo

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

Número 55 - Mayo 2014

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Esta ciudad

John Gal n Casanova

Esta ciudad provoca ganas de escribir un poema antirrobo.
Un poema de máscaras de hierro,
donde las rejas de puertas y ventanas
se propagan al cerco de la cara
y le sirven de antifaz.

Esta ciudad provoca ganas de escribir poemas quitamanchas.
Manchas de pegante en labios de niños,
manchas de adultos llevando costales de tiempo perdido.
Manchas en la risa de los candidatos,
en el sueño de los asesinos,
en los nudos de manos inermes,
lentas manchas de petróleo y tóxicos
que reptan sobre el río.

Esta ciudad urge, no te deja en paz,
parece decir al oído:

*vuélvete loco de amor, escribe un salmo
que haga mi faz menos inhóspita.*

Y los templos abren sus puertas
para sentarse en silencio
a observar la cabeza blanca de los viejos,
ignorando qué increíble modo de amar conservan.

De ahí sales a la calle
a fluir en un llanto tibio y transparente,
haciendo imágenes con el dolor
para que el llanto sea colectivo
y lloremos todos la muerte de los sentimientos.
Porque qué orfandad de sentimientos
entraña sobrevivir en esta ciudad. **UC**



Alcaldía de Medellín

Digo chimba

por CARLOS SANCHEZ OCAMPO

Ilustración: Camila López

I

Aprendí a leer en Medellín de los años sesenta y en la escuela a decir *chimba* o carechimba, si era el caso y, por supuesto, chimbo, pues siendo una palabra tan decididamente femenina tenía destinado un masculino inmediato.

En todos los casos pronunciarla era tan prohibido como robar o mentir. En boca de un chico de escuela básica podía causar un escándalo escolar y hasta precisar la ayuda de algún cura para saldar la deuda del muchachito con el cielo y para sacarle al diablo de adentro. Aun así, ilegal y castigada, era tan popular en escuelas, colegios y calles que en toda pelea o intercambio de insultos aparecía rápida, radical y caliente. Si tenías diez o doce años sabías decir *chimba*, pero con rabia, y de saberlo y decirlo podías sacar de ese orgullo que animaba tu rebeldía. No era igual cuando aprendías a decir: vegetal, novela, compromiso, cordillera, simples palabras.

En esos días *chimba* no significaba tantas cosas como hoy, pero su referencia más concreta ya era anatómica: aquello por lo que Adán perdió el paraíso y condenó a su infinita descendencia. Así que en la palabra tremolaba la bandera del pecado contra el que todos estábamos advertidos. En casas y escuelas rayaban el idioma con eso. Y hasta serían curas y maestros los que inventaron el insulto carechimba y dejaron en él esa carga de dinamita católica. Imagínese, tener alguien cara de pecado.

La palabra pertenecía al ámbito del agravio, del mal lenguaje, de lo prohibido. Sin embargo, prohibirla no fue posible y tampoco impedir su expansión hasta el estado de felicitación actual. En ese Medellín era inevitable oírla, siempre como acto de grosería y desobediencia y ni siquiera resultaba raro que aquello gozado por Adán tan natural, ejemplar y recíprocamente, terminara convertido en insulto en la boca de la gente.

Crecí escuchándola, cada vez más, y de tanto en tanto advirtiéndole un nuevo rol. *Chimba* también creció, y más, mutó, se agregó sentidos, asociaciones, copó edades, espacios sociales y geográficos y de boca en boca se hizo colombiana. El sustantivo derivaba en verbo, en adjetivo, en interjección. Iba de un contexto a otro sin perder la marca de origen y al contrario, adaptándose en perfectas curvas de significado. Así llegó al año 2000 siendo tantas cosas que podía referirse a casos totalmente contrarios. Podía expresar golpe de suerte: “la alcancé pero de *chimba*”, hacer un llamado a la cordura: “no te creas tan *chimba*”, indicar aprecio: “qué *chimba* de paseo”, ponderar a una mujer y con notoriedad: “qué *chimba* de vieja”, con sus variables chimbita y chimbotita. Ante muchas mujeres podía oírse: “chimberío” o “chimbal” y ante el suertudo, el casanova de allí: “chimbero”. Si una satisfacción resultaba muy gran-

de era una rechimba. Sin dejar de expresar lo bueno ya expresaba lo incómodo, la molestia: “dejá de chimbiar”, “dejá la *chimbada*, ¿sí...?” o “váyase a la *chimba*”. También podía sellar un desacuerdo o negación: “pa usted, ni *chimba*”, “la *chimba* e Lola” (¿en desuso?) y así, por esos caminos impredecibles que toman las palabras afuera de los diccionarios, llegó a significar nada: “no tengo ni *chimba* de sueño”, “me vale *chimba*”.

El 2002 oí que Juanes repetía en las emisoras: ¡Qué *chimba*! y en la calle toda clase de gente ya la multiplicaba en esa forma estilizada y complaciente que expresa algo muy especial: ¡Qué *chimba*!, que por este tiempo es el uso generalizado en Colombia, aunque libros, telenovelas y películas la difundan con todo el rigor callejero expresado antes. En *El patrón del mal* se ve a papá Pablo Escobar, años ochenta, regañando a su hijo porque pondera un regalo con la fea palabra. Pero en 2011 el líder de Aerosmith, Steven Tyler, dizque encendió la noche bogotana, con solo decir: ¡Qué *chimba*! en español apurado.

Tanta popularidad la llevó, según se ve en internet, a tarjetas de felicitación, camisetas, pocillos. En algunos de estos productos ofrecidos por *Urban Dictionary* puede leerse una definición: *Chimba: it's a woman real. It's your dream woman. I can't stop of thinkin about that chimba.* (*Chimba*: es una mujer ideal. Es la mujer de sus sueños. Yo no puedo parar de pensar en una *chimba*). En una postal, también de *Urban Dictionary*, aparece una profesora frente al tablero enseñando la palabra *chimba* como diciendo: niños, escriban bondad.

Chimba logró legalidad en un territorio que ya había conquistado y ahora cumple de superlativo publicitario para las ciudades de ese territorio: “Medellín es una *Chimba*”, “Pereira es una *Chimba*”, Cartago, Manizales, las ciudades enteras quieren ser una *chimba* y sus ha-

bitantes también, siempre beneficiados por el reciclaje que pulió su significado.

Diríase que una parte del vocablo logró asilarse en ese cómodo lugar común ofrecido por la publicidad, los cantantes y los alcaldes. Nada declara que tenga descanso ahora en ese asilo de lujo, puesto que nunca lo ha tenido en la calle. Su vigor y sensibilidad etimológica seguirán, sin duda, involucrándose en la vida de la gente y produciendo las conjugaciones inesperadas que le han dado tanto idioma.

II

Como habitante de Medellín crecí, pues, al lado de la vigorosa palabra, escuchándola en todas direcciones y sobre todo diagonalmente y acompañada de tantos ademanes, riesgos y compromisos, que finalmente adquirí consanguinidad verbal con su sonido y también competencia y variedad de significados y emociones para expresarla, oírlo o leerla. Años después, ahora, cuando quise escribir sobre ella, llegué a pensar que bastaría con ese saber empírico y con el sabor casero del idioma.

Lo que me hizo reconocer su sabor lingüístico y su poderosa filiación fue escucharla en Cusco (Perú) dicha por colombianos. Cumplía tres años fuera de Medellín y al oírlo me ofrecía un sabor de oído que nunca había registrado. La vibración que brotaba de esas bocas al decir *chimba* y que yo recibía afectado por la distancia y los años lejos de su influencia y por la tela de significaciones que le reconocía y que me pertenecían, había tocado muchas cosas en el camino y en ese momento, al tocar mis oídos hechos en Medellín, me ofrecía la conocida sonoridad. Entonces me sentí un pariente suyo y decidí escribir sobre ella.

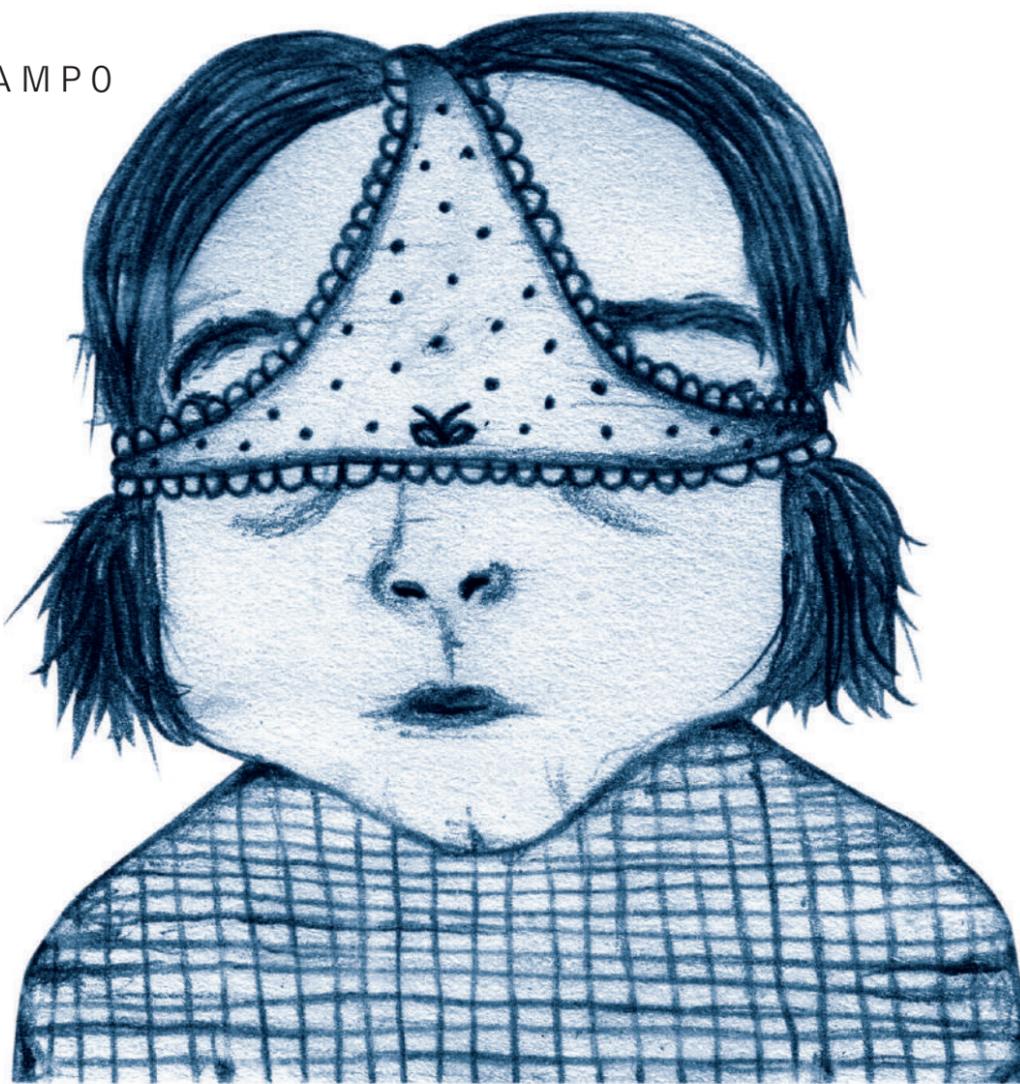
Sabía que en Medellín no me movería así. La proximidad y repetición la agotarían igual que a esos invisibles afiches de habitación. Leerla tam-

po me transmitía tanto impacto. Precisamente hacía poco la había leído, y en placa de bronce, en un antiguo puente inca de la misma ciudad y sin otro resultado que admiración.

Tal vez hubiera bastado con ese sabor y saber caseros, pero internet me amplió la complejidad y riqueza de esa palabra de una manera impensada e imposible de ignorar. En Centroamérica nombra un pan dulce y un refresco de piña con huevo, en Honduras quiere decir revólver de fabricación casera. En alguna región del Perú, un hombre puede declarar que le duele la *chimba* porque le duele la cabeza. En Santiago te pueden invitar al barrio La *Chimba* fundado en 1600. Otras ciudades como Antofagasta y Arequipa también tienen su barrio La *Chimba*. La demasiada humanidad o densidad de esta palabra permite aclaraciones como ésta que gravita en internet aportada por un colombiano: “Carechimba significa literalmente cara de pene, y como ya te dijeron es un insulto pero no tan grave”. En Suramérica *chimba* existía antes de 1600, pues a ese barrio patriarcal de Santiago de Chile, habría emigrado desde su territorio de origen en el Perú inca. En la Academia Mayor de la Lengua Quechua, sede en Cusco, apenas la admiten como una derivación de chinpa: la otra banda u orilla opuesta de un cauce de agua y por extensión el barrio o sitios que quedan allá, al otro lado. Al contacto con los españoles chinpa se habría convertido en *chimba* y producido derivaciones como chimbador que en Perú es el que pasa o vadea los ríos.

Fuera de Colombia *chimba* existe, pero sin despeinarse y sin contar nada que no haya contado siempre. Solo en Colombia se revuelca en el anonimato plural de la calle y al mismo tiempo se pavonea en la embajada de las buenas palabras.

¡Oh, saludable palabra! UC



Para trepar a la Laguna del Otún se requiere como mínimo una jornada completa de diez horas, arañando una borrasca de cascajos donde el sudor es aliado del barro. Por momentos la trocha toma el aspecto de una escalera retorcida colgada del abismo. Antes hay un recorrido de veinte kilómetros por una vía rural, cruzando reservas naturales y caseríos montañosos de cultura cafetera. Entre El Cedral, recodo final de la carretera, y la famosa laguna, hay por lo menos 2000 metros de diferencia en altitud, subiendo la Cordillera Central colombiana. Pendientes verticales. Pasos estrechos tallados en la serranía, bien sea por andadura de los hombres o por las gotas de rocío. Las quebradas se vierten sobre el camino y el camino se vierte sobre ellas, invirtiendo roles. Musgo y lluvia. Para alcanzar la alta montaña casi toca inclinarse y agarrarla con pies y manos. Casi, pero existen mulas.

La cuenca alta del río Otún albergó más de ochenta familias de colonos que llegaron de Boyacá, Tolima y Antioquia; todos liberales huyendo del holocausto del 9 de abril. Los Montenegro. Los Rivera. Los Obando. Los Corredores. Los Cañón. Los Pinillo. Los Salinas.

Desde Pereira, Manizales, Santa Rosa o Salento, hasta el borde de la nieve, culebrearon caminos de herradura que conectaban las alturas del agreste nudo montañoso con accesos carretables en las partes medias. Papa, carbón y madera en cantidades descomunales rodaron trocha abajo en muladas. A la vuelta trepaban fustigadas, repletas de panela, herramientas, sal y pólvora para espantar pumas y cazar venados.

Con la declaratoria de algunas áreas protegidas en la zona (el Parque Nacional Natural de los Nevados, la mayor de ellas), hacia la década del sesenta se inició un despoblamiento que apagó por completo el proceso colonizador. El Estado compró terrenos a precios por encima del valor comercial, desestimuló la construcción de vías terciarias, incluso dejó caer puentes incentivando la salida de la gente. El Bosque, El Jordán, Cortaderal y Tolda Fuerte, en el páramo; y la cuenca del río San Juan, a media hora de Pereira, contaron quizá con más de doscientas o trescientas familias campesinas de las que apenas si quedará una veintena. Numerosos caseríos en mapas de los años cincuenta, situados en partes altas de Salento, Villa María y Santa Rosa de Cabal, ahora no existen. A todos los tapó la montaña.

Los últimos colonos sobreviven en claros entre el bosque, conservando la arriería para bajar cosechas de papa y subir remesas a las fincas aisladas a cinco, ocho, diez o hasta doce horas de trecho desde las carreteras. Ocasionalmente hacen travesías de dos o tres jornadas al Tolima, brincando la cordillera. Las cargas de madera y carbón desaparecieron, pues su extracción fue prohibida en los Parques Naturales. La cacería se volvió ocasional. Sin embargo, las recuas de mulas todavía patean la trocha, fastidiadas con una encomienda tan valiosa como singular: turistas que quieren ver la Laguna del Otún y, si alcanzan, sacarse fotos en el nevado de Santa Isabel. Por el Valle del Cocora se repite la escena con montañistas hacia la cumbre nevada del Tolima o sus arroyos termales. Rostros tostados. Mulas amarradas con morrales de treinta o cuarenta kilos. Sofisticados equipos de alpinismo, tiendas de campaña, bolsas de dormir.

El Cedral —por los lados de Pereira— es lo más parecido a una fonda caminera, el nombre que se daba a los cruces de senderos de la arriería. Una sola casa vieja con dos potreros, adornada por montañas espesas, sirve a la vez de tienda, bodega para descargar, cantina y fin de la carretera. Ahí empieza la trocha. Allí desensillan los arrieros del páramo cuando arriman con sus bultos de papa, mientras aguardan transporte para la ciudad. Sujetan los animales a unos troncos que le sostienen el techo a la casona y comienzan a beber cerveza encima de cerveza, parados, porque ni asientos hay.

Andrés Machete está emborrachándose a primera hora en El Cedral. Es hijo (o nieto) de un boyacense que se quedó abriendo manigua en un hueco de la cordillera formado por el río Otún, todavía diminuto. Sus primos, sus tíos, sus hermanos, se dedican cada vez con mayor frecuencia al arreo de turistas hasta la Laguna del Otún o el Nevado, cobrando fletes que oscilan entre cincuenta y cien mil pesos por animal. Con una recua grande ganan en una o dos jornadas lo que nunca les dará el cultivo de papa.

Andrés empuja la octava cerveza con una mano, mientras con la otra empuña el celular:

—Véngase con cuatro bestias y tráigase una tolda finita, porque va a haber tempestad.

Conversa con el hermano que no ha salido de la finca, arriba. Hace décadas la familia se dedica a la arriería. El más famoso, Walter Machete, un anciano rosado al que le cuelgan pelos blanquísimos por toda la cara, inició el negocio con turistas. Nunca han querido vender la tierra, ni salir del páramo. Mauricio Machete es de los menores. Abandonó el colegio en la ciudad a los quince años para regresar a la montaña. No lo convence ni la tecnología ni el ajeteo urbano ni las comodidades ni las muchachas. Al que nació para carga del cielo le cae la enjalma, dice el estribillo antioqueño.

Unos universitarios que van a coger la cuesta andan atareados con bultos de comida. Negocian el transporte del equipaje. El campesino comienza a amarrarles peso a las bestias. Un segundo antes había cubierto los ojos de una de las mulas con la ruana. Ahora le suelta atroz manotazo a la cara del animal porque se resiste. Después le dice algo con ternura. No mira las vueltas que da, ni la forma del amarre que brota por instinto.

—Malparido nudo...

La carga es redonda, apretada como café negro. Andrés está invitando a cerveza. Se le alcanzan a ver los dientes torcidos donde brilla un enredo de alambres, algún moderno tratamiento que se paga en algún consultorio de algún edificio de quince pisos, con la plata de los turistas. No debe tener ni treinta años, pero se nota que ha trepado y descolgado centenares, quizá miles de madrugadas, por esa borrasca de pantano que se empuja ahí adelante. Ese intestino de la selva andina que figura en los mapas con el pomposo nombre de camino a la Laguna del Otún y al Parque de los Nevados. Empieza el camino. Que tortuoso y culebrero eufemismo. Si la mula pudiera hablar como el arriero, de acá para arriba todo sería un desfilar de insultos.

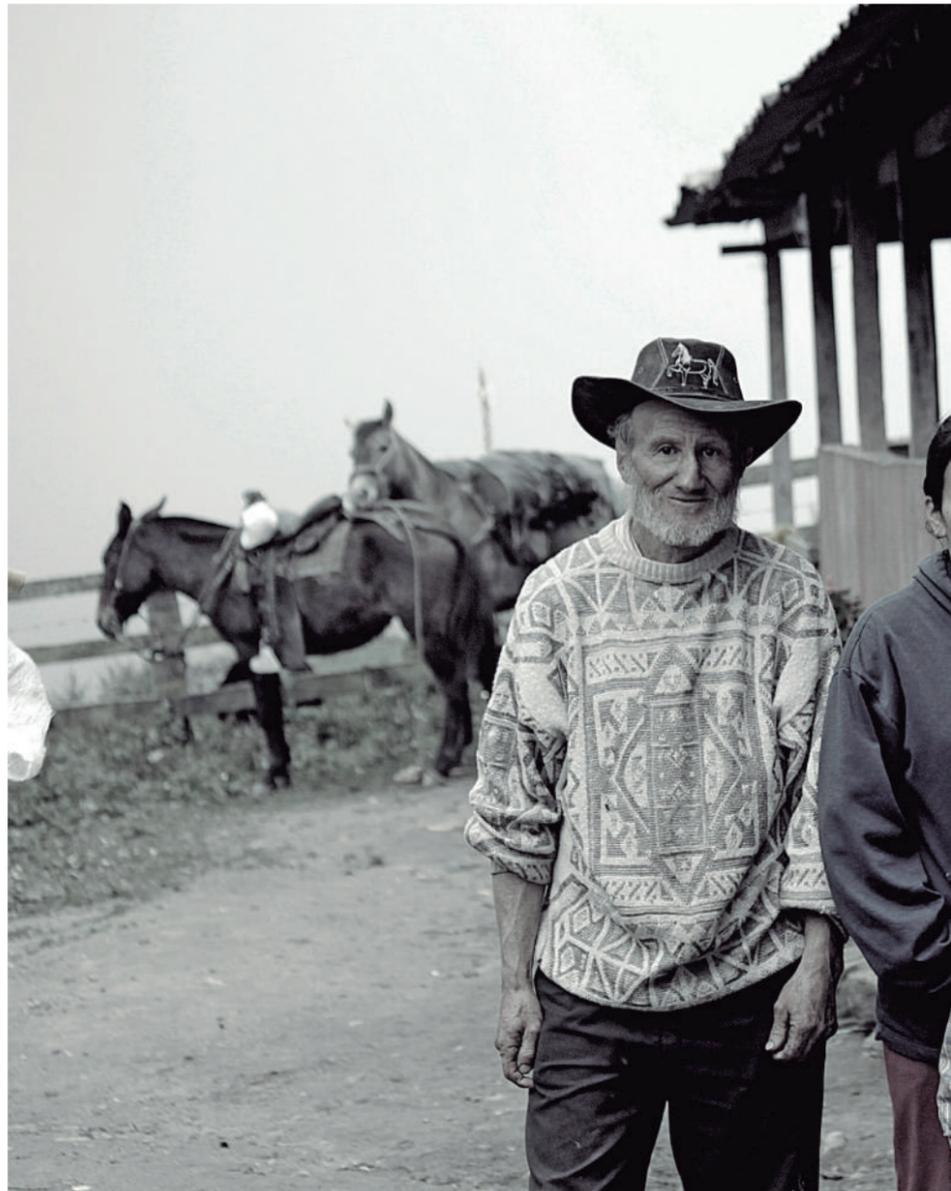
Enjalmas

En el occidente del Gran Caldas, la cordillera baja de Antioquia al sur cortada con machete. Puntas de aguja como

Los Últimos

por CAMILO LZATE

Fotografías: Rodrigo Grajales



el Caramanta, el Batero, el Tatamá. A partir de Támesis, Andes y Valparaíso, hasta El Águila, en el Valle; cruzando pueblos de Caldas como Marmato, Riosucio o Belalcázar, también Guática, Mistrató o Santuario, en Risaralda, la geografía es tendida de valles y filos, cuchillas y vegas. Los ríos se escurren al Cauca. Al otro borde, los cañones desembocan al Pacífico, al torrente del Atrato o al del río San Juan. Repetiré un lugar común: esta tierra exalta la dificultad. Es una promesa a la reciedumbre.

Escribiría que esas puntas de aguja sirvieron a los colonos para tejer con encrucijadas la historia de las minas, las guacas, el café. Pero no vale la pena. Sería volver al mito: los arrieros, héroes de gesta; los colonos, semidioses, puros, nobles, eternos; el hacha, figura celestial, redentora; la colonización, epopeya magnífica, sin mancha de pecado. La arriería que “hizo grande a este país”.

Este no es, ni fue, un gran país. Los arrieros sólo hicieron grande el tormento de las mulas y las arcas de los mercaderes. Mitología paisa lo demás.

Se dijo que ferrocarriles y automóviles sepultaron el oficio de los arrieros. También es falso. La montaña se la disputan a las bestias dos vejesterios enemigos de la Guerra Fría: el Willys y el Carpati. Donde no consigan subir esta pareja de Jeeps, sólo prepararán las mulas.

El oficio que “hizo grande este país” sobrevive en Antioquia y en el Gran Caldas, acorralado por carreteras o usándolas en ocasiones. Es una actividad marginal que predomina en partes agrestes, por lo mismo las más atrasadas y alejadas. En algunos lugares la arriería es apéndice que conecta tierras altas de difícil acceso con vías rurales. En otros casos resultan más baratas las mulas que los jeeps. Es frecuente ver campesinos descolgando con sus animales al poblado los días de mercado. Las mulas son de apreciable utilidad moviendo insumos al interior de las fincas, cargando caña o café en trayectos cortos. Trastean corotos de una loma a otra: armarios, neveras, colchones, sacos de cemento, arena o piedra para la construcción de viviendas rurales, guadas y tablones que se usan en trabajos agrícolas, costalados de maíz, de yuca, de arracachas. En Marmato la arriería es de minerales, gravas, herramientas, cilindros para moler piedra y lixiviar oro. Todo lo que se pueda amarrar, se puede arrear.

arrieros





En veredas como El Oro, Villa Clareth y Alto Andágueda la extracción de maderas finas, leña en astillas y cargas de carbón se hace exclusivamente amarrando mulas. No hay carretera que alcance aquellas selvas, ni máquina que las penetre. En San Lorenzo, uno de los caseríos indígenas que le quedan a Rio-sucio, los fletes van desde seis mil pesos, lo que cuesta bajar a la carretera, y se incrementan hasta cuarenta mil al acarrear leña desde lejos. No más meterse a la cordillera, asoman los caminos de herradura. Y cuando se descuelga al otro borde, hacia Chocó, el arriero es amo y señor de la serranía. Por esas soledades no ruedan los Willys ni los Carpati.

Paisas caratejos, mestizos manchados, indios rubios y negros de ojos claros se madrugan colocando la enjalma a sus niñas mimadas, así no sufrirán con el peso de astillas ásperas, ni incómodos bultos de café. El peso del atraso. La arriería hace la vida más llevadera a los habitantes de una Colombia profunda, secuestrada por las montañas. El camino es culebrero, dice un refrán que aprendí de mis abuelos. Ellos lo aprendieron de los suyos, colonos antioqueños. Arrieros. Cargaban razón los viejos, la historia es trocha enredada. Ese oficio pasó de conectar nuestra nación con el progreso, con la ilusión del desarrollo, del futuro, a ser justo todo lo contrario: una encrucijada al pasado. Hoy no queda otra ruta de coronar esas profundidades, en las que se divisa muy lejos el espejismo turbio de la modernidad.

Aparejos y arrobas

Comienzo la alfabetización pensando en Paulo Freire: leer primero la realidad cotidiana y así conocer las letras. De leer la realidad saben bastante quienes no saben leer, más que los letrados. Don Luis Eduardo Álvarez llegó a su clase de lectura y escritura sin conocer las vocales. A ver cómo funciona lo de Freire, pienso: una combinación silábica con M y L, la palabra mula.

—De eso debe saber usted que vivió en el campo, don Luis.

—Hombre, si es que yo fui arriero...

Empieza el tremedal. El ignorante será el profesor. Luis Eduardo Álvarez es de Ansermanuevo, un pueblito del Valle donde empiezan las cuestas de la Cordillera Occidental. Lloró por primera vez en 1948, cuando mataron a Gaitán. En aquella época no había puente sobre el Cauca, y la mercancía arribaba en ferrocarril a Cartago o a Puerto Caldas, pasan-

do a lomo de humano por tablones atados con alambre, hasta ser requintada sobre los otros animales que aguardaban en la orilla opuesta. Desde unas casas grandes con bodegas, amarraderos para las bestias, quizá burdeles, se repartían remesas, licores, combustibles o enseres por todos los enclaves cafeteros a la margen izquierda del río. El Águila, El Vergel, El Cairo, Argelia, San José del Palmar, Esparta. Manadas de animales regados por esas lomas, al grito de otros animales salvajes. La arriería redujo el hombre a la condición de la bestia, y viceversa.

—¿Cómo suena ésta?

—Esa es la de mamá...

—Muy bien: la eme.

“Me fui de la casa a los ocho años; no aguanté que mi mamá me pusiera un padrastro”, dice. El verdadero padre de Luis Eduardo tuvo que volarse de Ansermanuevo y regalar la finca antes de que le cortaran el pescuezo por colores políticos. Arrancó a descuajar montaña por Coconuco, entre Cauca y Huila, donde de todas formas lo mataron las calenturas sacando bultos de carbón. Luis nunca conoció al padre. Al padrastro sí: “Me zurraba y me daba duro, entonces me largué a jornalear por las fincas”. Por el 61 o 62 se arrimó a El Dovio, una población del suroccidente colombiano encumbrada en las montañas que separan al país del Litoral Pacífico, en ese entonces zona tan activa de la colonización antioqueña como del desangre partidista. Lo primero fue buscar trabajo. En la plaza le dijeron que un comerciante rico, dueño de granero y finca, andaba nece-

sitado de un arriero. No lo pensó dos veces. Tenía catorce años.

—Lea la palabra: eme con la u suena mu...

—Mula. Los animales son muy nobles profesor, se les da todo el garrote del mundo y nunca le cogen odio a uno.

¿Y usted si sabe amarrar? preguntó desconfiado el del granero, un terrateniente de apellido Acosta. Enseguida soltó ese estribillo que todavía suena en la tierra cafetera: “agarre pa’arriba, váyase a la finca mijo, fíe lo que quiera acá de cuenta mía y póngase a trabajar que después arreglamos”. Arriba era la hacienda Costa Rica, tan grande que tenía lotes en potreros, lotes en cafetales, lotes en caña, lotes en monte y lotes en comida. Con entable de sacar panela. “El lunes empiezan con las mulas a engarillar la caña al trapiche. Miércoles y jueves muelen. El viernes se me vienen con la panela al pueblo”. Caer de El Dovio al cañón de Las Garrapatas primero, cruzar el río, remontar la margen opuesta, en un trecho de ocho horas si la cosa estaba andable.

—Mire bien que la letra eme se parece a dos montañas, con un río en la mitad.

La recua: doce bestias unidas con sus aparejos. La mitad de las mulas amansadas, la otra mitad cerreras. Diez, quince, veinte, treinta arrobas de panela. Se despeñaban mulas por el voladero. Cortar los aparejos y tratar de recuperar la carga. Al animal se lo dejaba abandonado para buscarlo luego, si sobrevivía. Tres arrieros, Luis a la cabeza, espoleaban las bestias de la hacienda Costa Rica hasta El Dovio. Suerte si se salía a la ma-

drugada y se llegaba por la noche, al mercado del sábado. Sin suerte, los tragadales envolvían las patas de las bestias cargadas; por el peso se atascan con facilidad en cualquier pantanero. El día que no era pantano, había muertos atravesados en el camino. Y cuando no eran muertos, bandoleros.

Al regreso igual: canastas de cerveza colgadas en los animales, racimos de plátano, carne, cajones con velas, aceite, botellas, medicinas. Lo que fuera. Después, el lodo. Los muertos. Los bandoleros.

—¿Cuál es qué es ésta, profesor?

—La letra ele, la misma de lazo.

Empieza a caer agua en Frailes, uno de los suburbios que rodean a Pereira. Primero fue monasterio, luego caserío de invasión. Ahora es comuna, con un barriecito diferente en cada calle. El destino final de quién sabe cuántos montañeros. La clase camina lenta, empantanada. Me provoca contarle a Luis Eduardo que por esa serranía del frente, a la que llaman Alto del Toro, bajaron arrieros como él hace siglo y medio, de Antioquia y Manizales, a Pereira, al Quindío, moviendo café en sacos por millones, cargando pianos como si fueran juguetes, arriando en turegas campanas de trescientos kilos para las iglesias. No le cuento nada. Enlaza el lápiz como cogiendo una rienda minúscula. Las manos le pesan la carga de todas sus mulas juntas.

—Esas mulas son muy tercas, oiga.

Más tercas son las trochas. Al cañón de Las Garrapatas ya penetra una carretera desde El Dovio. Caminadas cinco décadas, parece inverosímil que todavía haya niños arrieros analfabetos conduciendo por los cruces de herradura que lo atraviesan, bestias amarradas con canecas de ácido sulfúrico, con galones de combustible colgados a la silla de montar, con costales hinchados de precursores químicos para la cocaína. La región es, desde los ochenta, un importante enclave cocalero del Norte del Valle del Cauca dominado por bandas de narcotraficantes que también mueven arsenales a lomo de mula. El cañón de Las Garrapatas es un estratégico corredor natural hacia el Pacífico.

Al regreso, igual. Cuando no hay pantano, son muertos atravesados en el camino. Y cuando no son muertos, son campos minados.

—No. No soy capaz.

—Si hombre, si es capaz. Empiece de nuevo.

Niños desafiando abismos. Analfabetismo. Violencia. Si la mula rueda barranco abajo hay que cortar el aparejo, o arrastra toda la recua. Después intentar recuperar el cargamento. Luis Eduardo amarra otra vez el lápiz en los dedos. Bordea los 66 años y ese lápiz le irá pesando una vida completa. Intentará transportar su carga justo al final de la página, atando con nudos de requinte cada letra, a ver si logra arrear la palabra mula. La terquedad le galopa por dentro. UC



VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

*Ahorro y crédito con solidaridad
para el bien vivir*

Línea Confiable 444 10 20 www.confiar.coop

4º Concierto
Primavera Musical 2014

UNIVERSIDAD EAFIT
Abierta al mundo

TEMBEMBE

ENSAMBLE CONTINUO
15 años
México - Colombia
Un Fandango Barroco

Lunes 9 de junio. 7:30 p.m. Auditorio Fundadores
Universidad EAFIT. ENTRADA LIBRE sin boleta

Mayores informes: Extensión Cultural: 261 9500, ext. 9656.
Departamento de Música: 261 9500, ext. 9636
Carrera 49 N° 7 Sur - 50

MORDISCO DE AMOR

*Morir sin morir
Y vivir sin la vida
Es el más arduo milagro
Propuesto por la fe.*
Emily Dickinson

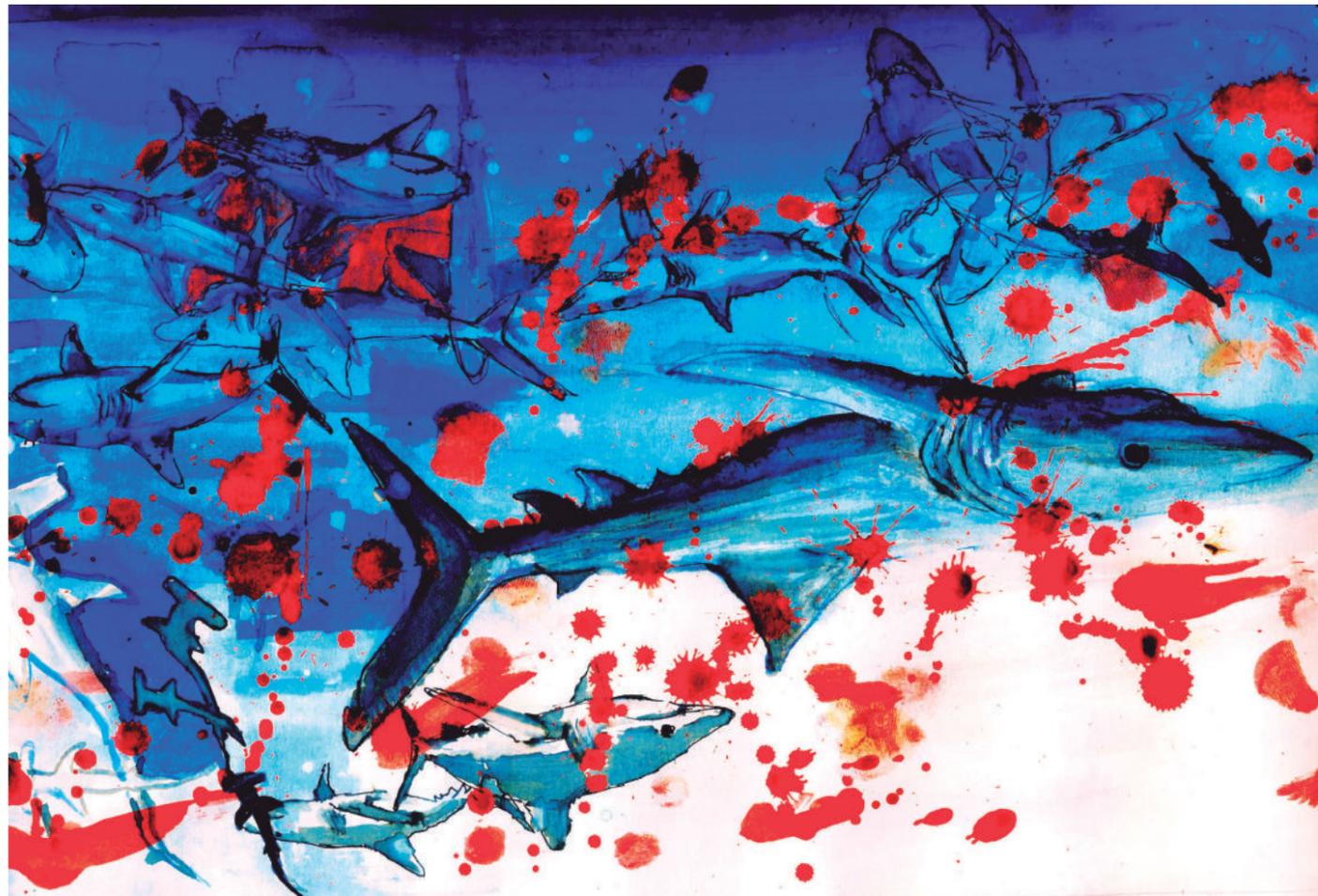
por ANAMAR A BEDOYA BUILES

Ilustración: Cachorro
Fotografía por la autora

Cuando sacaron a Jerónimo del agua, su pantalón blanco estaba teñido de rojo. No sentía dolor, la adrenalina del combate había anestesiado su cuerpo macizo y moreno. Mudo, tumbado en el fondo del bote, miró el cielo de La Boquilla, el pueblo costero donde nació. Pescador joven, diestro, con pulmones de acero, le saltaba el corazón. Jerónimo pensó que jamás volvería a sumergirse en el océano.

Apolinar y Alcides, sus compañeros de pesca, no disimularon el espanto al ver la sangre en la estela que dejaba la embarcación. Cuando alcanzaron la costa, unos niños que jugaban en la playa se acercaron a mirar qué pasaba. “¡A Jerónimo lo mordió un tiburón!”, salieron gritando por las calles del pueblo.

La playa se llenó de gente aterrorizada. Apolinar y Alcides lo cargaron al hombro, lo acostaron en el remolque de la volqueta sin estrenar que acababa de comprar una vecina y emprendieron una carrera decisiva hacia el hospital de Santa Clara. Era 1951 y en Cartagena se rumoraba que una pandilla de tiburones hambrientos se había tomado la bahía.



La brisa trajo un olor nauseabundo

La fetidez hizo que los pescadores más curtidos olfatearan la presencia de escualos en los litorales de La Boquilla, Marbella, Manzanillo y Bocagrande. En esa época Bocagrande no era lo que es hoy: un barrio atiborrado de edificios presuntuosos y de forasteros; se le conocía, entonces, como Bahía de Icacos. El agua del mar era cristalina. Turistas, más bien pocos. El único lugar que tenían para hospedarse era el Hotel Caribe, de fachada blanca y con una torre colonial más alta que las palmeras del jardín.

Fue en las playas cercanas del hotel donde un tiburón probó carne humana, la pierna izquierda de Pepe Clemens. Pepe tenía 23 años y estaba enamorado de una muchacha simpática. Era amigo de Jorge Benedetti, que a esa ahora pasaba por la playa donde Pepe estaba con otros amigos.

—Él fue a lavarse los pies al mar, se metió al agua hasta la altura de la rodilla y con una ola desapareció. Torres, un profesor de natación del Club Cartagena que estaba cuidando la playa, se arrojó al agua y luchó contra un tiburón para quitarle a Pepe de la boca. Fue horrible. El tiburón le destrozó la pierna. Pepe murió desangrado en la playa —recuerda Benedetti, un octogenario empresario metalúrgico, reconocido en Cartagena por haber impulsado la construcción del acueducto de la ciudad amurallada.

Unas semanas más tarde, en la playa de Marbella, otro ataque sacudió la apacible vida provinciana. En una nota

corta del 19 de julio de ese año, la agencia de prensa ABC cuenta que el joven Agustín Urrutia Martínez fue devorado por un tiburón. En menos de un mes, el 9 de agosto, la misma agencia publicó otra noticia: a María Euxodia Galván, la sirvienta del alcalde, un escualo le arrancó una pierna. Además, como si el intrépido animal tuviera una obsesión por los fémures, las tibias y los peronés, atacó a la empleada del servicio de Carlos Escallón y Emita de Escallón, los dueños del *Diario de la Costa*.

El Hotel Caribe puso una malla en la playa para proteger a los bañistas del apetito de los selacimorfos. Creyeron que sería una barrera infranqueable para las amenazas del momento. Unos famélicos que intimidaban al reino marino con sus fauces, en las que reservaban un vasto engranaje de dientes, como cuchillos acerrados; cuando pierden uno, en menos de veinticuatro horas les sale otro nuevo.

Por esos días, un pescador que atrapaba sábalos con dinamita sobrevivió a la arremetida de un escualo. Le decían Chencho, se ufana de su poder para adivinar dónde había tiburones con solo pararse en un espolón y estirar la nariz hacia el mar. Era ayudante de Ildefonso, un viejo pescador que tenía el pecho poblado de vello espeso dispuesto como una cruz. Luego de tirar el explosivo al mar, Ildefonso divisó una aleta de tiburón en dirección a su compañero. “¡Chen-chooo!”, gritó.

Aturdido por la detonación, Chencho no escuchó nada. Menos aún al sigiloso

animal, capaz de oler una gota de sangre a medio kilómetro de distancia. Siguió concentrado en la tarea de arrastrar hacia la orilla un sábalos de un metro, pero de repente algo irrumpió del agua y le arrancó el pescado de un tajo. Solo le dejó la cabeza, que se pudrió dos horas después.

Al pánico de los cartageneros no lo atajó ninguna malla. La gente empezó a exigirle al alcalde que hiciera algo para detener la glotonería del depredador, le pidieron que prohibiera la pesca con dinamita. Argüían que los tiburones llegaban a las playas desorientados y atraídos por los cardúmenes de sábalos y sardinillas que morían cerca de las costas, por culpa de la práctica explosiva. A las autoridades locales no les gustó esa teoría, la pesca con explosivos era el avance tecnológico de la época. Prefirieron decir que se trataba de una migración de tiburones, venidos de aguas muy frías y lejanas, que buscaban las tibias costas del Caribe.

No faltó el que dijo que los tiburones se habían escapado del foso húmedo de la fortificación San Fernando de Bocachica, una obra de ingeniería militar del siglo XVIII, donde arrojaban a los esclavos enfermos, a los desertores y a los necios. El foso fue una defensa que impidió cualquier sueño de libertad a los prisioneros políticos. Pero ese foso hace tiempo había dejado de ser húmedo. En lugar de agua y tiburones enfurecidos por el encierro, crecía maleza.

—El municipio decidió ponerles precio. A los pescadores les pagaban cien pesos por metro de tiburón que caza-

ran. Sacaban una cantidad de animales que tú ni te podías imaginar. Los exhibían en un andamio que colgaban del árbol de caucho que hay junto a la Torre del Reloj. Eso era impresionante. Todos los días cogían hasta diez animales; con las horas y el calor se levantaba un olor feísimo. La gente iba a verlos y a tomarse fotografías con ellos. Si buscas en el periódico del *Diario de la Costa*, seguro encuentras esas fotos —dice Benedetti.

El profesor Federico Herrera, un hombre espigado y solemne que trabaja hipnotizando con sus relatos a turistas untados de bloqueador, guía a la gente por La Heroica y les cuenta historias de devoradores y devorados. Los tranquiliza diciéndoles que ya no hay tiburones por esas playas. Lo que sabe —les advierte— sale de la pura realidad, se lo contaron sus abuelos cuando él tenía doce años y una memoria fotográfica.

Federico les cuenta que en esa época hubo escasez de perros y gatos. Les dice que los pescadores los usaban de cebo y que consiguieron los mejores arpones y diseñaron nuevos anzuelos, más grandes y filosos. Dice que se necesitaban hasta cinco hombres para agarrar un solo tiburón. Se vieron especies de tiburones de todo tipo: martillos, toros, tigres, toyos, peregrinos, makos, blancos; colgados como si fueran los frutos del árbol, doblaban con su peso las cansadas ramas del caucho que se hacía viejo en esa labor necrológica.

Al taxidermista italiano Pedro Giacometto, cuenta el profesor, le ofrecieron un enorme tiburón para que lo

embalsamara. Gerardo Arellano, su ayudante, un cartagenero de Santa María, al abrir el vientre del animal se encontró los cabellos rubios de una niña y un gorro rosado.

—¿Cómo lo sé? Porque se supo más tarde que en Bocagrande había desaparecido una niña. El tiburón tenía una mancha negra y un mordisco en la aleta.

Se cree que ese tiburón pasó al museo de las monjas de La Presentación. También, se cree que pudo ser una hembra y esa herida en la aleta un mordisco de amor. Cuando copulan, los machos de algunas especies las muerden para estimularlas y sujetarlas al pectoral, antes de que se les escapen. Viran el feripodio hacia adelante y lo meten entre las aletas pélvicas que se abren como alas de mariposa.

Lo que no se comieron los escualos, pero desapareció de los centros de documentación de Cartagena, fueron los carretes de los diarios microfilmados con las noticias de esa época, supuestamente registradas por el *Diario de la Costa*. No están ni en el Archivo del Museo de Historia ni en la hemeroteca de la Biblioteca Bartolomé Calvo. A Pepe Clemens, María Euxodia, Agustín Urrutia e, incluso, a la sirvienta de los dueños del diario, también los mordió el olvido. Pero Jorge Enrique Muñoz, auxiliar de la biblioteca, cree que todo sucedió:

—Esos carretes no están, pero tenemos el libro *Tiburón*. ¿Ya lo leyó? Ahí cuentan todo acerca de cómo son ellos. Si gusta se lo enseño. Lo de los tiburones sí fue verdad. A mi tío Ángel María González, profesor de mecanografía del Colegio Mayor de Bolívar, lo mató un tiburón en la playa de Bocagrande. La infantería de marina lo encontró a los días, le faltaba un brazo y una pierna.

¡A Jerónimo lo mordió un tiburón!

El pánico se desató en La Boquilla. Las olas lamieron la arena y borrarón el hilo de sangre que marcó el camino por el que se llevaron a Jerónimo. Nadie pudo consolar a su madre. No la dejaron acudir con su histeria al hospital de Santa Clara. Deshecha en el suelo de la casa, lloró sin consuelo como si ya el hijo estuviera muerto. Los niños del corregimiento, esos que regaron la noticia que ningún periodista del *Diario de la Costa* escribió, no contuvieron la excitación del drama ajeno ni dejaron de entonar, como a quien se le pega una canción estúpida y alegre, el nombre del animal.

—¡A Jerónimo lo mordió un tiburón! —dice que gritaban en el pueblo. Dice Alfredo Villamar Valiente acostado en una hamaca del restaurante Brisas del Mar, donde almuerzan dos comensales. En esa época Alfredo era un adolescente que estaba aprendiendo a pescar con cordel—. Ese día Jerónimo salió de pesca mar adentro con el que hoy es mi suegro.

Iban en busca de langostas. Salieron a las siete de la mañana Apolinar, Alcides y Jerónimo. En un bote negro para diez personas. Navegaron, mar adentro, hacia Cabetrobravo. El oleaje estaba tranquilo cuando fondearon la barca. Jerónimo inhaló hasta llenar sus pulmones de aire. No llevaba *snorkel*, ni careta ni aletas. Ni sabía lo que era nadar con todo eso. Se clavó en el agua, sumergiéndose en picada, y desapareció en el océano oscuro, azul. Mientras alcanzaba el fondo, pensó en la langosta que pescaría para su mamá y sus hermanos. Tenía que ser la más grande, la más carnosa. Luego atraparía las que pudiera, fueran medianas o pequeñas, para venderlas. Divisó al crustáceo pero, cuando estiró sus brazos para alcanzarlo, sintió que algo lo agarraba del pie izquierdo. Todo se volvió confuso, enrevesado, como una pesadilla a orillas del sueño. Solo que no era un sueño.

Miró tras de sí y se encontró con un tiburón de casi dos metros encarnizado con su pie. Observó sus ojos negros, duros y vacíos como los de un muñeco de plástico. Intentó zafarse pero más le desgarraba el músculo, más le rompía las arterias. El animal reculaba con su presa para cansarla y vencerla. Entonces, desafiando la gravedad, Jerónimo le atestó un puñetazo en el hocico y la fiera titubeó. Desorientada, soltó el pie, pero por el instinto de defenderse —o el de recuperar su comida— le arrancó la mitad del anular izquierdo de un mordisco. Jerónimo nadó hacia la superficie vaciando el aire de sus pulmones; cuando sacó la cabeza, asfixiado y drogado por la adrenalina del combate, volvió a respirar la brisa marina.



Peter Benchley public *Jaws* (Tiburón) en 1974 inspirado en la teoría del cirujano australiano Victor Coppleson, quien luego de haber estudiado 271 casos de mordeduras de tiburón public *Shark Attack*. Coppleson propuso que este tipo de embestidas se debían a la existencia de un tiburón roque. A diferencia de los escualos que se alimentan de peces, mamíferos marinos y plancton, este tiburón salvaje tenía un gusto exclusivo por la carne humana.

Un año después de que Benchley public *Jaws*, la historia fue llevada al cine dirigida por Steven Spielberg. El taquillero estreno horrorizó a millones de estadounidenses que se creyeron el cuento de que los tiburones eran unos comederos humanos, a pesar de que en la película el oceanógrafo Matt Hooper intercede por el animal y trata de disuadir la mala reputación defendiendo su inocencia. Hooper le explica a Larry Vought, alcalde de Amity Island: "Lo que tenemos aquí es una máquina perfecta. En realidad, es un milagro de la evolución. Lo único que hace esa máquina es nadar y comer y hacer tiburoncitos y eso es todo". Pero Vought, temiendo que el escándalo espantara a los turistas que llegarán a Amity Island, prefirió, como veinticuatro años antes decretó el alcalde de Cartagena, mandar a cazar al tiburón antes que cerrar las playas.

—Los tiburones son guapos. Muerden lo que sea cuando tienen hambre. Persiguen a los pescadores porque son inteligentes y saben que el bote carga mucho pescado. Pero ya hay muy poco tiburón por acá: la pesca con atarraya los ha acabado. Acá nos los comíamos, hacíamos un revuelto con leche de coco, cebolla y condimento. Es sabroso y nutritivo. Antes, cuando abundaban, les quitábamos la aleta porque eso lo compran mucho los chinos que pagan doscientos y hasta trescientos mil pesos por un kilo —cuenta Alfredo, quien dejó la pesca hace más de veinte años para montar el restaurante.

Dicen, porque cuantificar la cifra de ese mercado prohibido en Colombia es imposible, que los pescadores colombianos, en un año, le venden al mercado de Taiwán, Hong Kong, Japón y China unas trece mil toneladas de aletas de tiburón. En el mismo tiempo, más de cien millones de tiburones son sacrificados en el mundo. Y de este depredador marino se registran al año menos de cien ataques a humanos en todo el planeta, de los cuales el ochenta por ciento no alcanzan a ser mortales.

—¿Usted quiere ver a Jerónimo? —Pregunta Alfredo arrellanándose en la hamaca—. Él todavía está vivo. Vive con su esposa, doña Vitalia. Tienen un negocito donde venden cerveza. Él ya está muy viejo pero todavía camina... cojo, pero camina. Métase por acá delante y pregunte por Jerónimo, al que lo mordió un tiburón.

Sesenta y tres años después de aquella mañana, Jerónimo está sentado en el zaguán de la casa que construyó con su esposa. La pintaron de verde aguamarina con zócalos rosados. Acababa de despertarse de una siesta sin sueños. Reposaba en una silla plástica a la sombra de una sábana que tapaba el frente de la casa, protegiéndola de un sol abrumador. El único rayo que se filtraba en la sombra, como el reflector de un teatro en una escena dramática, iluminaba sus pies descalzos sobre las baldosas rojas. Tostados, callosos, rollizos, plegados de arrugas. Y, en el izquierdo, donde había un tobillo interno quedó la honda cicatriz matizada por los años, visible apenas a primera vista; profunda y rugosa más de cerca, zurcida en setenta y cinco puntos.

En el hospital de Santa Clara se demoraron todo un día cogiéndole esos puntos. Las monjas se opusieron a que los cirujanos le cortaran el pie, les pidieron que lo remendaran. Ellas prometieron que se encomendarían a la curación. Dos meses estuvo hospitalizado. Lo visitaron los compañeros de pesca, las vecinas, los hermanos y las tías, que se encargaban de bañarlo y cambiarlo de pijama. Lo que no recuerda Jerónimo es cuánto tiempo, después de que le dieron de alta, se la pasó andando por las calles polvorientas de La Boquilla preguntándose si volvería a pescar.

—Las madrecitas del convento llegaban a visitarme al hospital. Me decían: "Venimo'a ver el sobra'o e'tiburón". Yo me reía con ellas. Eran buenas conmigo. Me traían alimento especial, de lo que ellas comían —dice Jerónimo, mirada nebulosa, voz sosegada de abuelo exhausto.

Cuando Jerónimo salió del hospital, no hubo más de lo que las monjas le daban para comer. Estaba harto, más bien avergonzado, de que otros le trajeran la comida. Tenía que volver al mar. Se lo exigió el hambre y el instinto. Cazador nato, tenía que encargarse de buscar su alimento. Regresó una mañana como la de aquel día y se embarcó mar adentro con su trasmallo. Soltó las amarras. El oleaje estaba tranquilo. Tomó aire, despacio, y lanzó la atarraya. Se sentó a esperar. Mudo, volvió a mirar el cielo de La Boquilla. Luego atendió un llamado, se asomó al agua y vio su propio reflejo, se quedó alelado como si esperara que el mar le devolviera algo.

Jerónimo presintió que jamás volvería a sumergirse en el océano.

*Este texto fue producido durante el Taller de periodismo y literatura de Daniel Samper Pizano, en Cartagena de Indias. Esta actividad fue organizada por la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano y el Ministerio de Cultura de Colombia. UC

Hace años algunos intelectuales italianos intentaron construir un diccionario de virtudes con las conferencias de artistas, filósofos y escritores invitados a alentar un atributo humano. En Universo Centro hemos decidido comenzar un Diccionario de vicios con los aportes de nuestros amigos y de quienes quieran exhibir sus flaquezas, resabios o perversiones. Será un trabajo en permanente construcción. Con intervalos a causa de la pereza.

De la onirofilia y sus viciosas prácticas

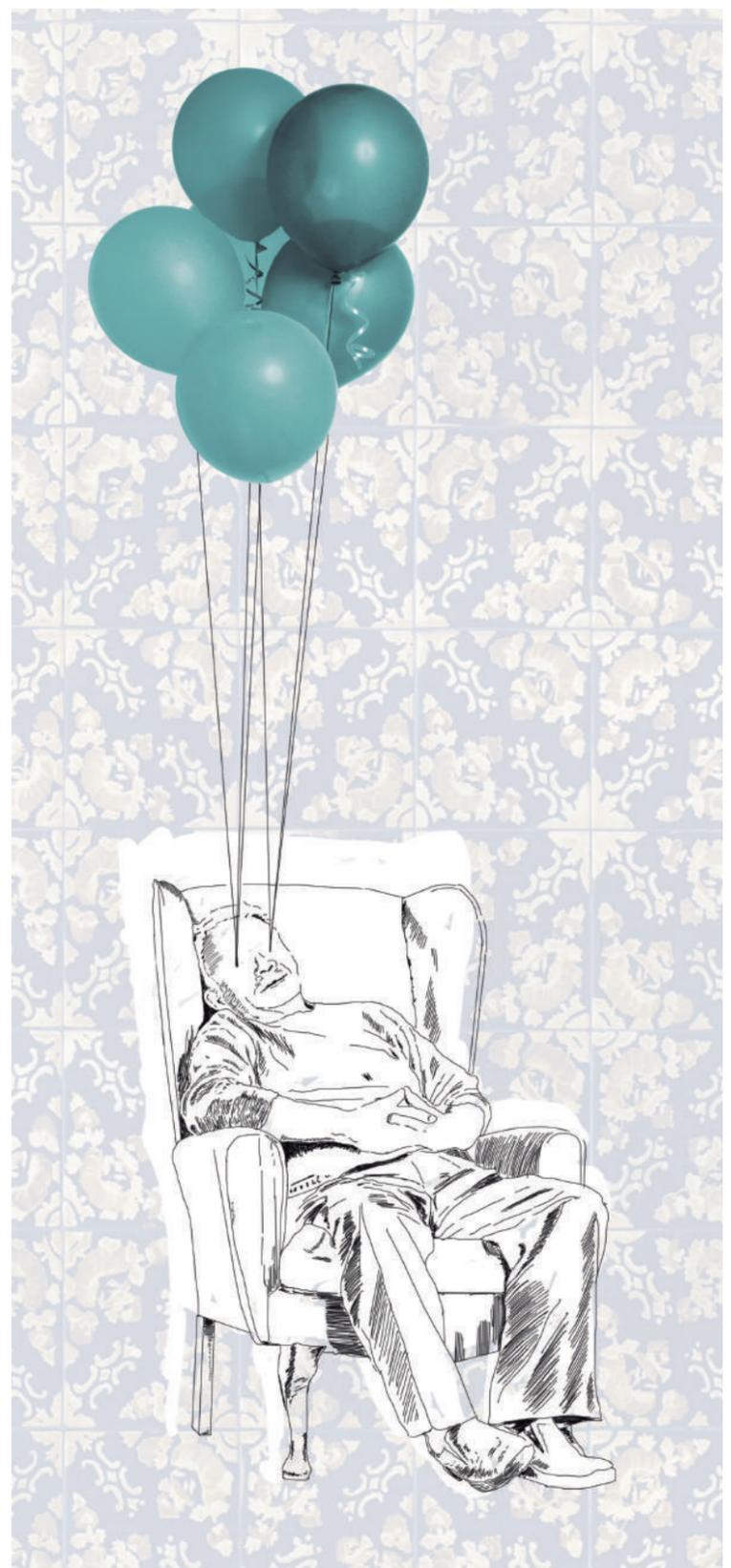
por JOS GABRIEL BAENA

Ilustración: Mónica Betancourt

¿Vicio? ¡Vicio! ¿Me preguntáis por mi vicio preferido y el más solitario de los vicios humanos? Tengo uno solo: la onirofilia o el amor desmesurado y contumaz por soñar de noche entera y en los amaneceres y sin compasión por los despiertos seres que me rodean. Un vicio decididamente anticristiano y cuyos componentes principales podrían definirse recurriendo a la antigua y primera explicación del Catecismo del Padre Astete (1599) sobre pecados mortales: “¿Quiénes pecan mortalmente contra Dios en las abominaciones de la carne y de la mente? Los que advertidamente se deleitan en pensamientos impuros aunque no los pongan ni deseen por obra; los que hablan y cantan cosas torpes o con complacencia las oyen, y los que consigo mismo o con otras mujeres del prójimo tienen tocamientos o acciones deshonestas o las deseen ejecutar”. Yo, el más asiduo de sus gozosos practicantes en los reinos del sueño, agrego a esto que en mis viajes por esos territorios he encontrado la solución a los más terroríficos enigmas que han atenazado a los humanos desde que se presumen racionales; enigmas ya planteados por la Esfinge de Ghizé y las inmortales siete tragedias de Sófocles de Tebas, entre otras: ¿Quién es el hombre y a dónde va? ¿Será o no será? ¿Tienen las mujeres alma o son un puro cuerpo que aunque sucio es delicioso y mientras más sucio mucho más? Teniendo las respuestas a estas cuestiones, tan diáfanas y abrumadoramente transparentes a la enceguedora luz de la profunda medianoche, respuestas que no os revelaré, digo, hace ya varios años que navego sin vergüenza alguna y en pijamas Pleetway en este vicio que me llegó sin buscarlo después de que dejé casi todos los vicios menores —menos uno— considerados por la sociedad, los psiquiatras y la Fiscalía General como de altísima peligrosidad: los cigarrillos verdes, el talco Johnson para niños y para polverse la nariz como en Hollywood, el rock satánico de los Stones, el onanismo imaginario en el Metro... Y otros pocos. La onirofilia me ayudó a dejar de pensar en compunción y contrición de alma, en que soy sujeto activo de ese otro vicio incalificable, resistente a cualquier adjetivo, de la procrastinación: la obsesión de dejar para mañana lo que debes hacer hoy, algo que según dicen va en dirección contraria a todas las estrictas y buenas reglas de comportamiento que se exigen de los ciudadanos de esta Medellín, mientras más innovadora más inmóvil: madrugar, trabajar a lo bestia, casarse, procrear, pagar catastro y valorización, rendirle culto a nuestro banco amado e innombrable aquí. En mi onirofilia reverenda practico toda clase de procrastinaciones, puesto que reclinado en mi diván de tres puestos no hallo ni tengo necesidad ni menes-

ter de salir al mundo mundial, si se me permite, a demostrar lo que no soy, un hombre emprendedor y ejecutivo de maletín Samsonite, ni mucho menos viajar en bicicleta de abajo arriba y de arriba abajo por las montañas que circundan mi urbanización. Amo las bicicletas, sí, vicio de niñez y juventud, y tengo una tamaño natural en mi salita, pero otra cosa es montarla después de bajarla cinco pisos en mi edificio sin ascensor y después subirla. ¡Oh vicio tan amado, hoy abandonado! ¿Y con qué sueña el señor, pues, en su viciosa onirofilia tan anunciada? preguntaré. Golpe a la cabeza: hoy ya tan viejo, calvo y sin dientes, sueño con mis sueños y con las dueñas de mis viejos sueños, escritos en mis exnovelas, ya casi sus nombres olvidados: Kahla Matisse, Beatriz de Francia y Borgoña, la Virgen Luna, Dánae Klossowski, Sor Lillywhite Lilly, Funeralda Dulcelumbra Saturnalda Lllamaralda Piedralumbra ¡Nostralumbra! ¿A dónde fueron todas ellas, con las palabras que las nombraban, cantos rodados del corazón ferviente? En mi onirofilia las he vuelto a poseer, más poseso yo y en silencio decidor, en aventuras fellinianas y al final felinas, puesto que mis gatitos siempre me despiertan por un rato a las cuatro de la mañana, cuando con ellas yazgo en mi lecho de rosas sin espinas, para que les dé su desayunito. Y a soñar de nuevo, en fervor amándolas y en góndolas viajando por nuestras Venecias particulares. Y hablando de las Italías, ahora sospecho que el travieso señor Fellini se administraba para soñar la misma o semejante dosis que yo me aplico y os receto: un vasito de Cocacola potenciado con brandy Osbourne, medio cigarrillo y, lo más importante, una cucharadita de 450 miligramos de opio sintético código ATC N03A, análogo del ácido γ -aminobutírico (ácido (S)-3-(aminometil)-5-metilhexanoico): toda una onda, brothers and sisters, que se consigue sin fórmula en vuestra botica preferida, pero no recomendable si antes no habéis pasado por tres comas inducidos o igual número de terapias de electroshock, que os dejarán la mente y el corazón cual tabula rasa, un desierto blanco para pintarlo al amaño. La dosis se puede repetir máximo tres veces/día, cuidando, eso sí, de comer algo entre sesión y sesión, no contestar al teléfono ni frotarse impuramente con el móvil, no prender la tele, no consultar el estado de tu cuenta de ahorros. Y así te irás entre amanecer y amanecer y amanecer cantando con Led Zeppelin (1969) “vivo sólo para mis sueños y un bolsillo lleno de oro”, sin afán de llegar al fin de los veintidós mil días de la vida del hombre prescritos en la Kábalah. ¿Que los más sanguinarios terroristas nos van a dictar las leyes? Déjalos, déjalos pasar, todos ellos pasarán. ¿Que ya se viene el Niño con sus calores de horror? Llevás dentro de vos el más gris de los inviernos, tu santa estación por-

tátil. A las once de la mañana de este sabbatt me tomo un tinto con una aspirina para sentarme a escribir este artículo, que rodará como los cantos de los ríos monte abajo hacia la mar del olvido. Y no soñéis conmigo más, ¡oh mis mujeres soñadas! Pues soy definitivamente peligroso y mucho más en amores. Pues soy El Onirófilico Entusiasta, el hondero de las mil profundidades y de los desapegos despiadados. Dejarme ser durmiente, dejad que me desintegre en llamas puras bajo las frazadas y que me vaya en el tren de la jodida medianoche por las comarcas de Oniris. Hasta muy nunca me despidio ahora, me escriben desde Amazon: ya me han enviado mi nuevo libro de *Tarzán y la Ciudad Dorada*, por cierto un excelente inductor para onirofílicos principiantes. A comprarlo, jóvenes. UC



V i a j e e n b a r c o

Ilustración: Srok



Muchas veces el simple vaivén fue suficiente para llevar a los marineros hasta la alucinación. También el terror, la sorpresa y el alarde de los ojos que descubren un mundo han logrado que en las historias que descienden de los barcos una calabaza sea un demonio y una lagartija una gárgola. Los marineros han sido los más grandes catadores de todos los tiempos, los más curiosos y novelescos. Meten el dedo y las narices donde recomiendan sus fugaces anfitriones, y con más ganas donde les advierten y les prohíben sus guías. Así ha sido con las pócimas, los humos, los polvos, los brebajes con los que han topado.

Menos de un mes después de la llegada de Colón a Guanahaní ya dos tripulantes se habían habituado al uso del tabaco. Probaron ese “tizón hecho de hierbas para tomar sahumeros” y les hizo gracia en el paladar. También Alvar Nuñez Cabeza de Vaca habló de los indios de la Florida “que se emborrachan con un humo y dan cuanto tienen por él”. De ahí en adelante sobran las reseñas de plantas, raíces, zumos, gomas, frutos, simientes, licores y piedras que prometen algún deleite.

Para encontrar algo sobre la marihuana en las bitácoras nos toca torcer un poco el rumbo e ir unos años adelante. Ya no estamos hablando de conquistadores sino de comerciantes, y pasamos de las llamadas Indias Occidentales a la aromática Bahía de Bengala. El testimonio fue escrito por Thomas Bowrey, un marino inglés que durante dos décadas (1670-1690) apuntó su brújula y su atención hacia la India, Malasia, Bangladesh. Bowrey no era un navegante de barba rala; escribió el primer diccionario Malayo-Ingles y un relato geográfico de los países que cubrían sus rutas. En esa especie de diario de viaje con pretensiones académicas está la primera experiencia escrita en inglés sobre el uso recreativo del cannabis. Antes habían escrito algunos médicos y empleados de la Compañía Británica de las Indias Orientales, pero se más de clasificaciones y descripciones de los efectos en cuerpo ajeno y no de los recuerdos de una traba propia.

Bowrey y su tripulación se había cansado de ver a los nativos tomando *bhang*, una bebida donde se mezclaba

el aceite macerado de las semillas con agua fresca, y en ocasiones con un toque de canela y azúcar. Según Jean Chardin, un viajero francés que trabajó para el Sha en Persia en la misma época de los viajes de Bowrey, los mendigos errantes lo tomaban tres o cuatro veces al día para andar con más “brío y agilidad”. Y otros tantos, según el mismo Chardin, se sentaban en los cafés, entre las tres y cuatro de la tarde, en busca de “ese licor estupefaciente” para aliviar sus miserias. Parece que Bowrey y sus hombres también tenían sus cuitas y contrataron a un faquir local para que les consiguiera medio litro de *bhang* a cada uno. Es seguro que Bowrey, entusiasmado por la complicidad, pagó los seis peniques que valió la dosis de cada uno de sus hombres. Al faquir también se le encargó cuidar el viaje de los marineros. No querían ir exhibiendo sus posibles disparates o alegrías en medio de un pueblo que ya los miraba con recelo. Bebieron su parte y el guía cerro puertas y ventanas de la casa de la toma. Ocho o diez hombres de mar, encerrados en medio de un viaje extraño, a oscuras, debían sentirse en la sentina de un barco exótico, sin ruta y sin piloto.

Pero dejemos que Bowrey cuente la travesía: “Pronto comenzó a ejercer su efecto sobre la mayoría pero de un modo alegre, salvo sobre dos de nosotros, que supongo temieron que les hiciera daño ya que no estaban acostumbrados. Uno de ellos se sentó en el suelo y lloró amargamente toda la tarde; el otro, aterrizado, metió la cabeza en una gran jarra y permaneció en esa posición cuatro horas o más; cuatro o cinco de nosotros se tendieron sobre los tapices (que cubrían el suelo del aposento) elogiándose unos a otros en los términos más corteses, figurándose cada uno que era nada menos que un emperador. Hubo uno que se puso pendenciero y peleó contra una de las columnas de madera del pórtico hasta que apenas quedó piel en los nudillos de sus dedos. Yo y otro más nos quedamos sentados sudando desmesuradamente durante tres horas”.

El faquir decidió no quedarse mirando a esos hombres que estrenaban una ruta que para él ya era habitual y se bogó su medio litro. Parece que la prodigalidad hizo parte de la traba porque su guía, también despistado o simplemente fingiendo, comenzó a tratarlos de reyes y valientes príncipes en lengua indostaní. Algunas monedas pueden ayudar a las alucinaciones propias del *bhang*.

Para Bowrey la moña en formato líquido no fue flor de un día, en otras ocasiones probó mascando sus hojas o simplemente echándole fuego al cogollo en una estilizada pipa oriental. Ya como experto intentó describir efectos como advertencia a los futuros clientes: “Hace su efecto según los pensamientos de quienes la tomen, de manera que si uno está feliz, en ese momento seguirá estándolo y reirá en exceso (...) Y si la toma en estado de temor o melancolía, se verá sumido en una gran pena y su espíritu padecerá graves angustias”.

Los viajeros occidentales fueron venciendo sus recelos y nació un comercio que tenía aires medicinales y exóticos. Todavía el cannabis era una hierba utilizada por árabes e hindúes, sobre todo mendigos, vagabundos y gurúes, para reemplazar las bebidas fuertes. Pero el mar y la imaginación todo lo pueden, y la hierba se convirtió en un apreciado “intoxicador intelectual”. Europa necesitaba alentar algunos sueños, encontrar paraísos artificiales y vencer cierta resistencia racional. La ocupación napoleónica de Egipto entre 1798 y 1801 terminó por poner de moda el hachís entre algunos influyentes franceses. Ya no eran los mendigos árabes si no los escritores parisinos quienes se reunían frente a las confituras que les ofrecía el doctor Jacques Joseph Moreau. Hachís, canela, nuez moscada, pistacho, azúcar, zumo de naranja y mantequilla eran los ingredientes. Las costas de África ofrecían el mundo imaginario que buscaban los ciudadanos. Un hotel decadente en la Île Saint-Louis, el Hotel Pimodan, sirvió para citar cada tanto a Alejandro Dumas, Gerard de Narval, Honoré de Balzac, Ferdinand Boissard, Eugene Delacroix y otros a probar una cucharada mágica que sirviera para “impresionar a sus amigos y escandalizar a sus adversarios”. También Baudelaire y Flaubert escribieron sobre sus experiencias temerosas con el hachís. Théophile Gautier, promotor de las reuniones en el Hotel Pimodan, lo resumió todo con una declaración en 1845: “El hachís está sustituyendo al champán. Creemos haber conquistado a Argelia, pero Argelia nos ha conquistado”. Los mendigos árabes y los genios franceses se habían encontrado al fin. UC

EL ÁRBOL DEL BRUJO

por ANA CRISTINA RESTREPO JIM NEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Quien no se haya robado un mango,
que tire la primera pepa.

Quien no se haya robado un mango, que tire la primera pepa. ¿Cómo subestimar la presencia del generoso árbol de mango en nuestras vidas? Sus frutos han permitido el sustento de familias en la economía callejera, apaciguan el antojo de la embarazada, sacian el hambre del caminante “desplatado”. De sus fuertes ramas cuelgan columpios. La copa de un palo de mango ha sido escenario del primer “delito” —inocente— de muchos: escondite, trinchera, refugio del solitario.

Agitadas por el viento, las hojas de su cúpula frondosa arrullan a los amantes: “Ay, debajo del palo e’ mango/ donde yo quiero abrazarte”, cantaba el Cacique de la Junta. Y, con menos decibeles, José Manuel Arango: “Mientras la ciudad oscurece/ y contra la sombra azulada de los mangos/ el día ruidoso se apaga/ adivinando sus gemidos entre el recio viento del anochecer/ iríamos por el linde del bosque donde se acarician los/ enamorados/ y su fuego nos encendería”.

Buda se sentaba a meditar bajo su sombra y se valía de su prodigalidad para crear metáforas e impartir enseñanzas. En India, donde llaman al mango “la fruta del cielo” y al “árbol de los deseos”, perdura la leyenda de Akbar El Grande, emperador mongol, de quien se dice llegó a sembrar cien mil mangos en su jardín imperial.

En nuestro entorno, un palo de mango es símbolo cultural en la plaza Alfonso López de Valledupar.

El “paraguas de la llanura” pertenece a la familia *Anacardiaceae*, y su nombre científico es *Mangifera indica linneaus*. El mango —suspendido, caído— no es un privilegio de jardines privados o de

solares sin dueño: durante las frecuentes temporadas de cosecha, el Valle de Aburrá es choto de mangos en algunos espacios públicos como la Avenida Las Vegas, o la 65, junto al cerro El Volador.

Al sur, en la carrera 43A, antes de llegar al parque de Envigado, está Otraparte, la casa del filósofo Fernando González. En su jardín frontal, varios palos de mango se disputan el espacio para acaparar los rayos del sol. Entre ellos, uno: diagonal a la fuente de los azulejos, su tronco grueso, bifurcado con sensualidad, crece abrazado por las hojas de un filodendro limón, parásito verde nacarado, que si no se poda con disciplina a la altura de 1,50 metros puede devorar a su anfitrión.

Sobre una alfombra de bromelias y custodiado por abejas angelitas, este árbol es la rayuela de un par de ardillas de cola roja. Y el restaurante de una que otra chucha.

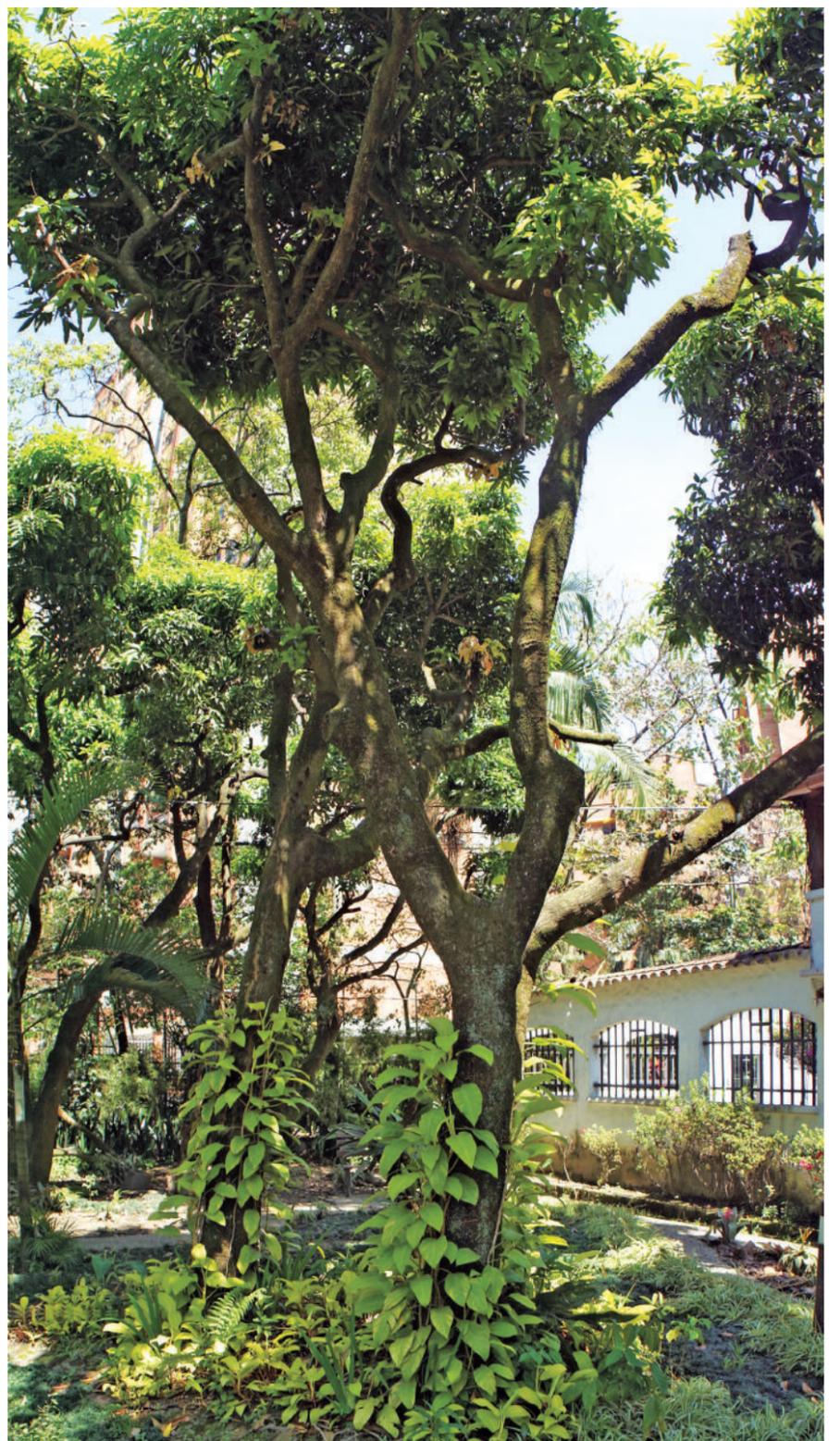
—¿Mucha gente viene a robar mangos?, le pregunto a Juan Restrepo, jardinero de la casa-museo.

—“A robarlos, no. A cogerlos”, me corrige, iluminado por el espíritu bondadoso del maestro.

Si el Brujo de Otraparte escribió con fervor sobre sus naranjos, ¿cuál es su relación con el palo de mango bifurcado que plantaron después de su muerte?

Tres jardines

“Todos son aquí más jóvenes que yo porque yo los planté con mis propias manos [...] Me sé la historia de los dos [carboneros] y la de todos mis árboles y plantas. Muchas veces me siento árbol a su lado y me limito a dejarme calentar por el sol y me parece sentir que mi sangre es la misma savia que se mueve por ellos y que estoy plantado en la tierra





El periodista Óscar Domínguez recuerda que en su infancia robaba frutas de los árboles en algunas fincas envi-gadeñas, incluida Otraparte. En una oportunidad, de regreso a la casa, “con la sospechosa alegría que produce alcanzar el fruto prohibido”, el Brujo lo vio pasar y lo detuvo: “Joven, solo los ladrones entran por la puerta de atrás. Tenga”. Y le encimó algunas naranjas.

De la India a esta parte

Nativo de la India, Birmania y parte de Malasia, el mango recorrió una larga ruta antes de llegar a nuestros jardines.

En el siglo X los persas lo llevaron al este de África, y con los portugueses cruzó hasta el oeste del mismo continente.

El Simón Bolívar de Gabriel García Márquez en el manuscrito original de *El general en su laberinto* comía mango. Después de leerlo, el historiador Vinicio Romero señaló un error histórico: en los días de El Libertador, todavía no había palos de mango por estos lares. Entonces, Gabo cambió las hilachas del mango por los gusanos de las guayabas...

¿Cuándo descubrió el Nuevo Mundo?

Sobre la llegada del mango a América hay varias teorías: que a mediados del siglo XVI, en el Galeón Manila, los españoles lo llevaron de Filipinas a México y a las Indias Occidentales. Que en el siglo XVIII, unos navíos lusitanos sembraron el primer árbol en Bahía, Brasil. Que en 1841, según Agustín Codazzi. Que no, que fue en 1849, según Carl Ferdinand Appun. Adolfo Ernst lo incluyó en sus apuntes en 1869.

Es decir, es posible que el prócer sí haya comido mango... no sólo en la imaginación del Nobel de Literatura.

Busca la luz

El árbol de mango es agresivo con otras especies, puesto que ocupa gran espacio en su desesperada búsqueda de la luz. Su sombra no sólo es inmensa sino que humedece el jardín: “Por eso elegí plantas epícolas, bromelias, orquídeas, tilancias, helechos arbóreos, pata de conejo”, explica Sergio Restrepo.

Lucas, el gato de Otraparte, deambula con sigilo entre las especies vegetales que se conservan detrás de la reja —con candado— que da al patio lateral de la casa. Estas plantas permanecían afuera, listas para la siembra; sin embargo, se descubrió que algunas señoras que pedían que les regalaran un “piecito” estaban cargando con el “cuerpecito” entero del jardín.

Como el dueño de casa, quien busca alimentar su pensamiento entre la naturaleza, el palo de mango bifurcado sólo es regado con agua natural, de pozo.

Las ramas de este árbol han sido podadas una y otra vez, para evitar su crecimiento, para detener su camino hacia la luz. Cada nuevo corte se convierte en una suerte de ojo atento... réplica sutil que hace la naturaleza del efecto que la censura, la excomunió y el rechazo social causó en el hombre.

En la copa hay un mango. Maduro. Amarillo no, dorado. Solo. Listo para la caída.

Un abanico de haces de luz solar vence las hojas tupidas y brilla sobre las bromelias. Las abejas angelitas buscan, persiguen. Revoloteo incesante. Afuera, los carros pitan. Un celular suena. Los turistas saludan en estruendo.

“El silencio no es un don sino un fruto difícil”. Es la vida del Brujo en un árbol bifurcado. UC



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

BAJO EL CIELO DE MÉXICO

En 1969 la federación brasilera de fútbol nombró a João Saldanha, técnico y periodista, director de la selección de Brasil que iría al Mundial de México 70. Saldanha quiso sacar a Pelé, aduciendo una supuesta miopía del jugador, y además la brillante aparición de Tostão, cuyo juego, según un cronista de la época, era “aún más bello que la bahía de Guanabara”. Alegaba además Saldanha que ambos jugadores eran un 10, y que, ante la disyuntiva, él optaría por Tostão. Miopía o no miopía, 10 o no 10, la reacción del país fue unánime, y Saldanha salió por donde había entrado. Lo reemplazó Mario Zagallo, compañero de Pelé en Suecia 58 y en Chile 62, quien pronunció una sentencia salomónica: los dos eran grandes jugadores, y sabrían entenderse en la cancha. Tuvo la razón, y lo demás es historia.

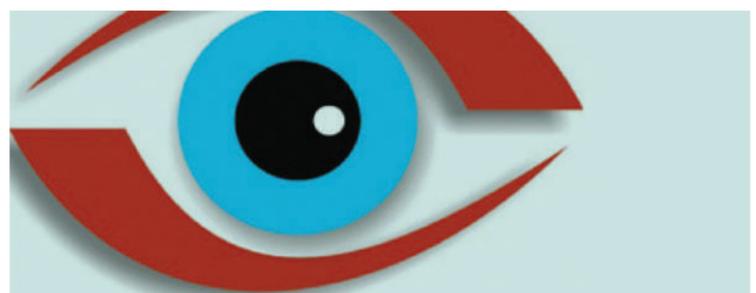
Muchos de los que tuvimos la suerte de ver en directo ese torneo, así fuera en blanco y negro, coincidimos en que fue ése el momento estelar del fútbol brasilero, que tantos ha tenido: los goles, las gambetas, la alegría de jugar: Alemania, Italia, eran meras máquinas, Inglaterra, un león presuntuoso, humillado por un rotundo disparo de Jairzinho, que lo sacó de la fiesta; fue un gol a tres manos, construido en fracciones de segundos: Pelé recibe la bola, la pasa a Tostão sin siquiera mirarlo, éste la desliza hacia Jairzinho, quien, llegando de atrás, fusila a los ingleses y los manda a casa. Un equipo de ensueño; al lado de *O rei* y Tostão estaba la agilidad de Jairzinho, el cerebro de Gerson, la potencia de Rivelino, el apoyo de Carlos Alberto, la seguridad de Brito. Hubiera sido una injusticia similar al “Maracanazo” la pérdida de esa Copa (por cierto, los tres mejores goles de Pelé en ella no lo fueron: el tiro de media cancha a Checoeslovaquia, el cabezazo que salvó de modo increíble Gordon Banks, y el pase a sí mismo para burlar al arquero Mazurkiewicz; tampoco esta vez el balón quiso entrar. Aquí, por desgracia, la realidad superó a la fantasía. O tal vez no).

Una estupenda película brasilera, *Pra' frente Brasil*, muestra en imágenes contrastadas el triunfo en México de ese equipo y las torturas, persecuciones y desapariciones cometidas en ese mismo momento por el régimen de Garrastazu Medici (ocho años después se repitió la historia, bajo la tiranía argentina, más siniestra si cabe que la otra, y que además manchó la victoria del equipo con oscuros sobornos que jamás, por supuesto, fueron aclarados).

Todos sabemos que el fútbol es el opio del pueblo, como bien lo confirman esos dos episodios. Pero aquí se intentó apenas celebrar el opio. Los tiranos pasan, se esfuman, mueren. Pelé no.

CODA

En junio, cuando vuelva a publicarse (es un decir) esta columna, ya Colombia habrá sellado su suerte en el Mundial. No pretendo saber de fútbol, ni menos ser profeta de desastres. Pero creo conocer un poco el alma colombiana, en este caso su espejo, el alma futbolística. De la cima a la sima. Desde Chile 62, pasando por el 5-0, hasta el golazo de Freddy Rincón. A cada una de estas hazañas sucedió su natural contraparte. Se teme uno que es una fatalidad genética, contra la que nos vamos a seguir estrellando. A menos que nos pasemos al ajedrez, donde nos va peor. UC



DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA

Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

hasta las rodillas”, comentó Fernando González al cronista Juan Salas, veinte días antes de morir.

Buena parte del jardín original del Brujo ha desaparecido. Ya no existen los naranjos. Sergio Restrepo, director cultural y también jardinero de Otraparte, dice que las plantas de la casa han pasado por tres momentos:

El jardín original, del cual poco queda, comienza en la carrera 43A (prolongación del “Túnel Verde”) que solía ser parte de la finca: conserva dos cedros y un algarrobo, sembrados por el viejo hace más de cincuenta años. Adentro, guayacanes, cedros (hijos de los de afuera) y un guadual que también corresponden a la misma época. Los nietos del filósofo jugaban bajo los guayabos del Café y, como si el tiempo se hubiera detenido, esos árboles aún presencian juegos... amorosos.

Un segundo momento estuvo a cargo del municipio de Envigado, que sembró varios árboles, entre ellos el mango bifurcado. Don Jaime, del antiguo vivero La Campiña, inició la última etapa del jardín con amigos de la casa-museo.

Entre naranjos, ceibas, mangos, guadas, carboneros, cañabravas, balsos, guamos, guayabos y algarrobos, el Brujo repetía: “Lo único que me gusta hacer es pensar, por ahí debajo de los árboles”.

¿Pensar y nada más? Es famosa aquella historia que narra cómo el dueño de casa, en sus intentos por olvidar su dependencia de los Pielroja, escondía los cigarrillos en los huecos de los árboles de mango y de naranja.

Gonzalo Arango contaba que en las tardes, los jóvenes de su generación se congregaban en torno a Fernando González “bajo un cielo de pájaros y naranjas, a emprender su Viaje a pie por los maravillosos mundos del conocimiento”.



Fabio Manosalva
Trasmantis
Collage



Carlos Díez ha acompañado *Universo Centro* desde nuestro primer panfleto. Debutamos juntos. Empezó con El niño que no sabía reír y desde hace números nos entrega una historieta cada mes. En su tiempo libre pensó, dibujó y escribió su primera novela gráfica: *La reliquia*. Una muestra y una página sobre un dibujante silencioso.

Los gramáticos que todavía discuten si es mejor decir cómic, tira cómica, tebeo o historieta, tal vez nunca disfrutaron de este género de literatura gráfica, por lo menos con la misma fiebre y detenimiento que lo ha hecho Carlos Díez.

Aunque estudió Filosofía, Díez goza de buen humor y ha vivido su *carpe diem* para ver cine, leer historietas y dibujar.

Un grupo de amigos comunes lo conocimos mientras se hacía el primer número de la revista *Frivolidad*. Cuando vio el ejemplar reconoció que había gracia en los artículos, pero que no podía decir lo mismo de los dibujos. “Todavía les falta mucho”, apostilló el joven Díez, con poco más de veinte años, en plena ironía romántica. Entonces, para los que dibujábamos allí, que a duras penas conocíamos a Mandrake, a La Pequeña Lulú o a Justo y Franco, aquello fue como un baldado de aguatinta. Nos dimos cuenta de que lo suyo no era un rasgo de soberbia de la temprana edad, sino que estaba respaldado por un conocimiento envidiable y temible de los grandes dibujantes de historietas del mundo. En un gesto amplio, de divulgador, nos mostró volúmenes exquisitos, de papel satinado, con derroche de arte y color. Fue así como supimos que existía Frank Frazetta, Alex Raymond, Will Eisner, Harold Forster. Algunas de esas joyas las había conseguido en un viejo almacén de un librero español llamado Rafael Esteban, en el quinto piso de un pasaje comercial en la Avenida Primero de Mayo. Los libros recogían el polvo de varios años, esperaban a que Carlos Díez se ahorrrara la plata de las meriendas y ajustara el precio con la pequeña ayuda de sus amigos.

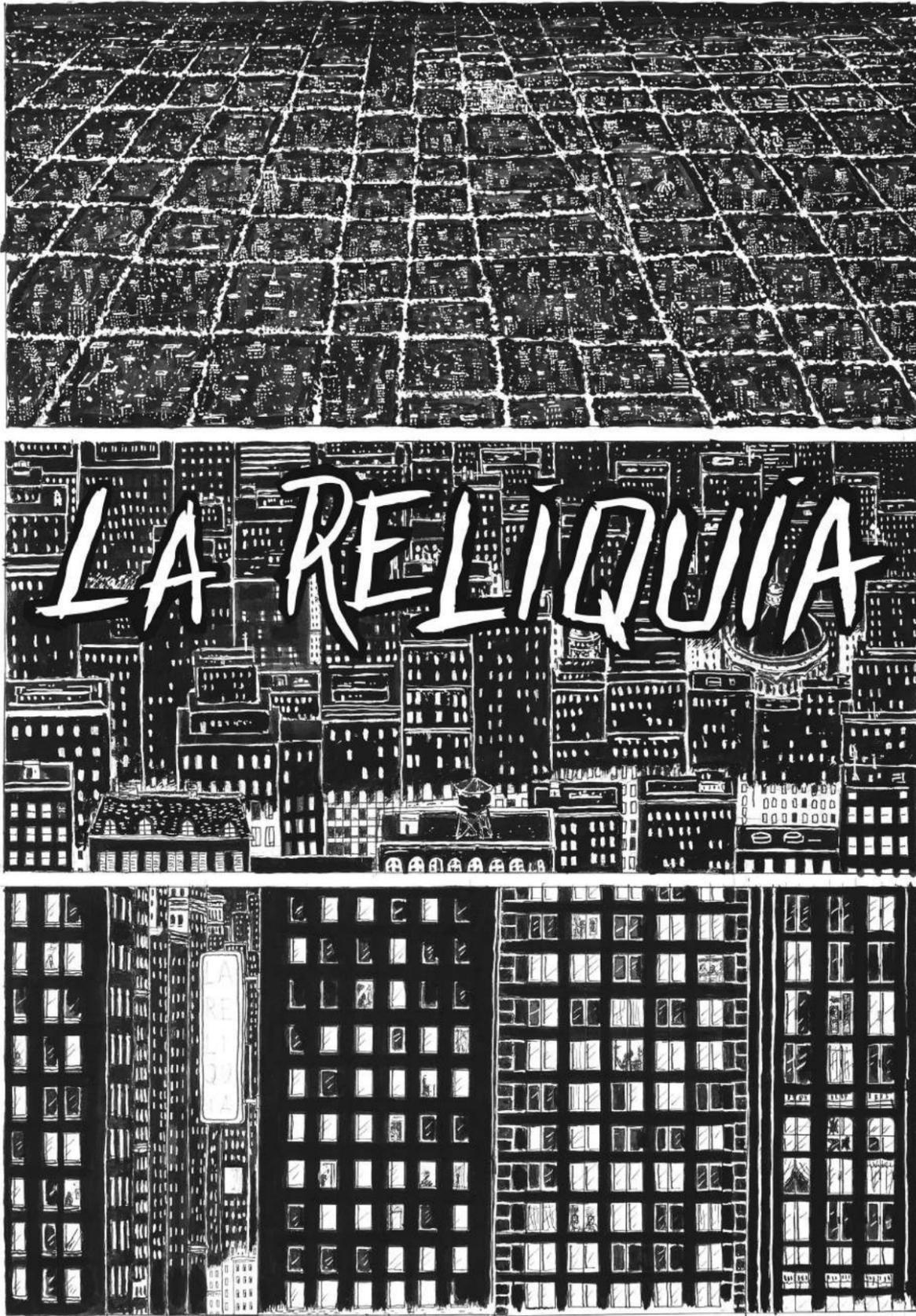
Creo que el primer dibujo que vi de él fue el de un encuentro poco amistoso entre dos caballeros medievales. Uno de ellos, de manera descortés, le acababa de cortar la cabeza al otro de un sólo plumillazo. Mientras tanto, Carlos hablaba tranquilamente, fumaba y tomaba tinto durante largas horas, en la cafetería Tronquitos de la Universidad de Antioquia. Cortaba cabezas de una manera muy estilizada, con trazos seguros y elegantes. Dibujaba con plumas baratas o marcadores. Le gustaba, no sé si aún, difuminar las líneas con los yemas de los dedos y babas inspiradas; una técnica mixta, acaso mística.

Luego de su periodo de caballeros, de yelmo y espada, lo vi dibujar personajes ojerosos, marginales, forrados en chaquetas negras y con los cigarrillos apenas adheridos a la boca, a lo Humphrey Bogart. Le gustaba hacer gente flaca, no sé si por ahorrar tinta. Tenían el semblante patibulario de un cuento de Lovecraft y otros rasgos de los pelados de las barriadas que pogueaban en los conciertos callejeros o en cuevas urbanas como New Order. Pero mientras más descarriados fueran estos personajes, más impecable era la línea que los definía. La precisión de esos rasgos nos causaba gracia y asombro. Alguno de la mesa le pedía a Carlos que le regalara ese papelito con el dibujo. Al autor no le importaba ni cinco desprenderse de esos hijos malevos.

Después de botar corriente en la mesa, nos metíamos a un Cineclub que él regentaba al mediodía. Veíamos películas del Expresionismo alemán, de la Nueva Ola Francesa y los autores del Joven Cine Alemán. Después volvíamos a tomar tinto en las mismas mesas, y Carlos otra vez a dibujar.

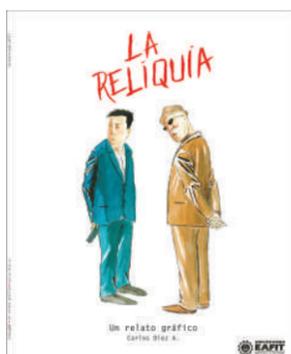
Nunca supe a qué horas se quemaba las pestañas con Emanuel Kant, la *Crítica del Juicio* o la *Ética* según el orden geométrico; asuntos espinosos que él leería en sus ratos libres, según entendí después, cuando nos habló de los jóvenes airados del *Sturm und Drang*, y creí entender que la estética filosófica le interesaba a la manera borgiana, como una rama de la literatura fantástica. Lo otro no lo comprendí porque al fondo sonaba una descarga de Ray Barreto en un antro de salsa y latín jazz de la calle Bolívar.

Cuando alguno de la pandilla se lo encontraba a la salida del Colombo Americano, o aún sin destetarse del Alma Mater, Díez contaba con optimismo que ya tenía listos “los primeros veinte segundos de animación”. Pasaban meses de no verlo, lo cual no solo permitía preservar la amistad, sino aguardar con expectación el estreno de un corto dibujado, cuadro a cuadro, con la misma paciencia japonesa de su admirado Miyazaki. Al final, la premier iba a ser tan discreta como el director, aunque el jurado despertaba sus temores. Este era Elkin Obregón, al que Díez no solo veneraba sino que anhelaba conocer hacía rato, en es mismo zarzo de la calle Echeverri



por FERNANDO MORA MEL NDEZ

Ilustraciones: x10



**La Reliquia*, de Carlos Díez está expuesta en el hall del bloque 38 de Eafit, hasta el 20 de junio. El libro *La Reliquia*, un relato gráfico, fue editado por el Fondo Editorial de la Universidad Eafit.



donde habían estrenado tantas óperas primas, con no más de cinco butacas.

Desde los primeros cuadros, la película, *Crucifixión*, se alzó con los elogios del anfitrión. Su director estaba más contento que si hubiera estrenado en San Sebastian. Esa fue, en el lenguaje toreril del dueño de plaza, el día en que Díez recibió su alternativa como artista gráfico. Pudo hablar por primera vez con un uno que sí sabía cuántos dibujantes había tenido Tarzán y sobre el trazo de cada pata del caballo del Príncipe Valiente.

Después de esa subida al cielorraso de Obregón, Carlos volvió varias veces a oír hablar al maestro sobre historieta universal. Una noche, luego de un buen encierro, Carlos volvió al ruedo para mostrar *La Reliquia*, su primera novela gráfica.

Los ángulos que escoge para mostrar esos callejones son las perspectivas extremas de este arte, pero también las penumbras soterradas de la pintura barroca. Antes de la madrugada, una señora de una chaza vende chicles y cigarrillos a los últimos vampiros de la ciudad. Parece que fuera Medellín, pero detrás del muro se adivinan otras ciudades, la Metrópolis de Fritz Lang, Ciudad Gótica y otros extramuros de pesadilla. Más que asustar a cualquier burgués con las penumbras, Díez creo que huye aquí del color para hacer notar el rigor de sus trazos. Es un dibujante que hace cómic con el sigilo del iluminista medieval. Sin color y con pocas palabras, prefiere dejar hablar las líneas: "*História em quadrinhos*", como le gusta decir al lusófilo Obregón.

Los que no puedan tener en sus manos *La Reliquia*, podrán buscar a Carlos Díez al final de *Universo Centro*, un periódico en el que tiene un paredón de divertidas lamentaciones. Allí crea sus viñetas con el color tropical de la política y otras ficciones locales. Sus personajes son entonces figurones y esperpentos, aquellos que hacen más noticia que historia, mas otros endriagos de su invención. Firma con el número 10 para no complicarse, el mismo que en el fútbol está reservado a las figuras, aunque las gambetas suyas son de tinta china. UC



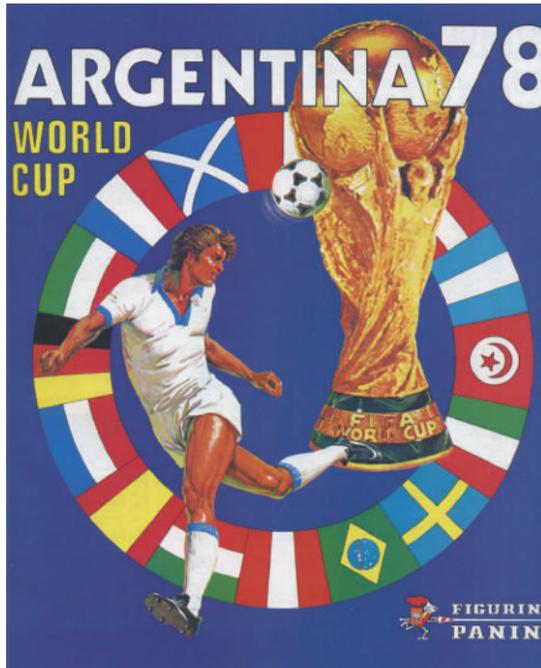
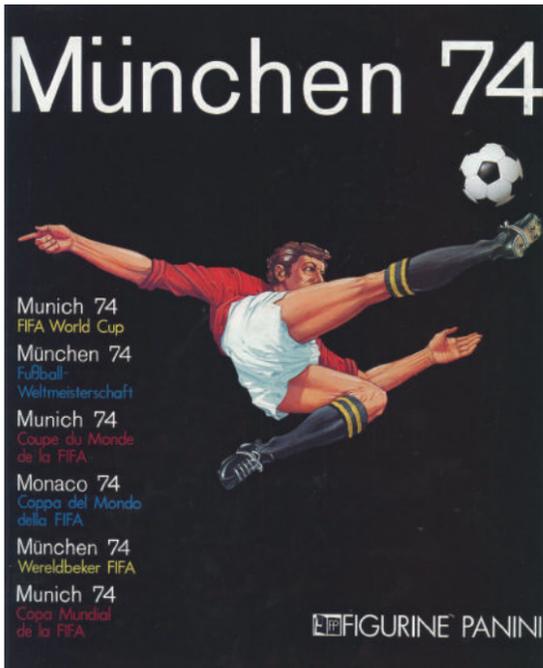
Innovamos al servicio de la gente.

Educación y cultura

- Más de \$2,850 millones fue la inversión en mantenimiento de espacios urbanos de la ciudad de Medellín.
- Cerca de 250,000 personas se beneficiaron con programas personalizados de educación al cliente.



¡El Panini es un asco!



Daniel Londoño tiene 27 años y colecciona el Panini. Los sábados se reúne con algunos de sus amigos en Unicentro, donde intercambian láminas repetidas y comentan los avances en sus respectivos álbumes. Puso una cara de sonso cuando le regalé las ocho “figuritas” que me llegaron con el periódico *El Tiempo*: cuatro de Croacia y cuatro de Portugal. Me dijo, tras revisarlas y escharbar en su memoria para saber si alguna le hacía falta, “muchas gracias parce”. Luego hizo una pausa y me soltó la pregunta que yo andaba esperando para frenarle el ímpetu de fanático de ocasión: “Parce, ¿y vos no lo estás llenando?”. “No, ese álbum es un asco”, le respondí secamente.

Daniel, que me tiene un inexplicable afecto, se echó a reír, y sin decir nada más se fue a sus asuntos.

Lo estimo, es un buen tipo Daniel, y no tiene nada de malo que sea uno de esos postmodernos hinchas gomelos del fútbol: amantes del Play Station y de las camisetas contrabandeadas del Chelsea, el Real Madrid, el PSG y el Barcelona. Esa especie de secta que, además, de vez en cuando se dedica al fútbol en las canchas sintéticas de algún centro comercial estrato cinco. Secta en la que llenar el Panini es una evidencia más de la devoción simbólica por un deporte que antaño era pura y sensata pasión.

El álbum Panini es un asco. Lo digo yo, que llené el de “chocolatinas” de los ochenta. Ese sí que daba gusto terminarlo. También tuve otros álbumes en mi niñez: uno de ciclismo maravilloso, con esas fotos de sudorosos “escarabajos” con patillas de ‘Bonzo’ Bonham y mostachos asparentosos tipo vaquero; otro cuyo nombre no recuerdo, traía una serie de monstruos escatológicos, totalmente anárquicos, grotescos, groseros, deformes. Ese álbum no duró mucho, por obvias razones. También

tuve álbumes de fútbol, incluyendo el aclamado Panini: el del Mundial del 90 y el del 94; tuve además uno de la Liga Italiana, muy completo, de la época en que el ‘Tino’ jugaba en el Parma; y otro de la Bundesliga, de cuando el ‘Tren’ se pavoneaba con la camiseta del Bayern.

En ese tiempo no se sabía mucho de fútbol internacional porque claro, Internet no era la “autopista cibernética” que es hoy día, con redes sociales, blogs de todos los tenores y páginas de todas partes del planeta. Lo poco que podíamos ver de Europa era a través de la “perubólica”, que trasmitía, si acaso, un partido de *Champions* cada quince días. Caracol pasaba los juegos del Tino y del Tren, a veces los de otros equipos, mientras que la Liga inglesa, la escocesa, la holandesa y la española eran regalos esporádicos e inesperados de alguna “perubólica” que tuviera ESPN. En esas circunstancias, cuando llegaba el Mundial, muy pocos, pero muy pocos, conocían las nóminas de los equipos participantes, exceptuando algunas de las grandes figuras como Maradona, Careca, Alemão, Romario, Brolin, Zola, Gascoigne, Matthäus o Klinsmann.

El álbum Panini, entonces, se convertía en una especie de oráculo para los aficionados, quienes en sus páginas podíamos enterarnos de los perfiles de los héroes de ultramar. “¡Ahhh, mirá parce, en Suecia, además de Brolin, juega un man que se llama Stefan Petterson y es figura del Ajax. Y en Alemania hay un tal Thomas Hassler, y como que es crack!”, decíamos impresionados mientras intentábamos dar con la dosis adecuada de colbón para pegar una de las laminitas sin que se pegaran las hojas. Esos álbumes, recuerdo, traían las fotos de los técnicos y las listas completas de los jugadores con un pequeño historial mundialista de cada una de las selecciones.

Pero el Panini de ahora compite con al menos diez súper canales que chorrean fútbol y páginas web que son verdade-

ras biblias de la “pecosa”: Transfermarkt, Calciomercato, Marca, Bild, France Football y A-Bola, entre muchas, muchas otras. Acceder a la televisión por cable y al Internet ya no es un problema en este país del Señor Caído, y por si eso fuera poco, están los juegos de video como PS4, que traen bases de datos más amplias y certeras que las de la misma Fifa. En lo único que evolucionó el álbum Panini fue en las figuras autoadhesivas, en lo demás retrocedió, se hizo aburrido.

Imagínese, cada equipo del álbum trae apenas 17 jugadores y no 23, y varios de ellos ni siquiera estarán en Brasil, y no sólo por lesión, circunstancia ineluctable para los dueños de Panini, sino que algunos no irán por cuestiones deportivas o personales, como Samir Nasri, algo que la mayoría de los fanáticos ya sabíamos. Panini tampoco incluyó a los entrenadores y si uno no llena el álbum, jamás sabrá qué jugador iba en cada casilla.

Me reitero, el álbum Panini es un asco. A pesar de que los medios hablen de una supuesta fiebre por completarlo, que no es más que una manía nostálgica de los viejos, pues lo jóvenes no corren a comprar las figuritas, ni mucho menos a cambiarlas o a jugar con ellas “tapaoquis”.

A un mes del inicio del Mundial, visité varios de los lugares históricos para cambiar o comprar los “caramelos” de cualquier álbum: la iglesia de La América, La Bastilla, Envigado, Itagüí y Castilla. En ninguno vi filas o corrillos de gente negociando con las “monitas”. Le pregunté a Gerardo y a Fabio, quienes desde hace 36 años comercian con álbumes en el sector de La Bastilla, y ambos se quejaron: “Se vende más o menos; nos va mejor con el de (Atlético) Nacional”, me dijo Fabio, un sesentón gracioso, lleno de achaques y buenos recuerdos. Fabio trabajó vendiendo cerveza en el Atanasio Girardot, luego fue mesero del Bar La Cascada, vecino del Bar Colón en el Pasaje La Bastilla. Fabio

es hincha del fútbol, pero más cuando le ayuda a pagar sus gastos.

Vende álbumes y láminas desde hace tres décadas, desde que empezaron a temblarle las manos y las botellas de aguardiente se le escapaban antes de servir las en las mesas de La Cascada. El dueño, quien es su amigo, le dijo: “Hermano, mejor monte una chaza de chicles y cigarrillos al pie de la puerta, porque como mesero ya no me funciona”.

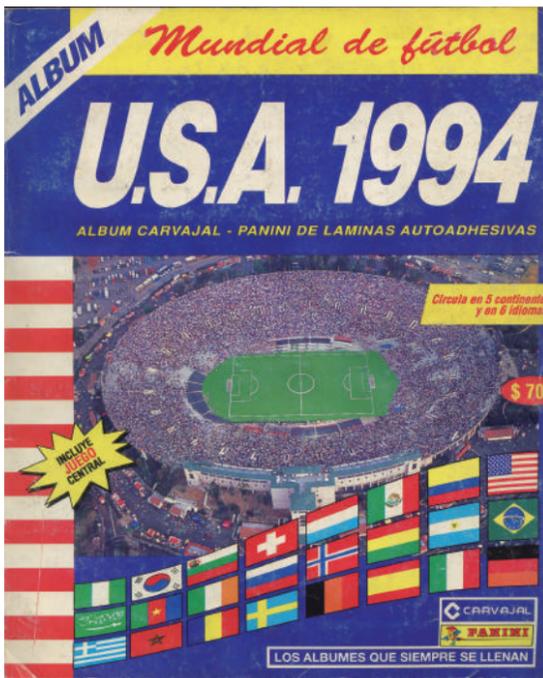
Fabio hizo caso, pero además de chicles, empezó a vender el álbum Jet y otros de esas épocas.

“Ese álbum de chocolatinas fue una locura. Había gente que pagaba mucha plata por escasos como Inundaciones o la Chinchilla. Había gente que llenaba más de diez álbumes. Vi señoras y señores que se gastaban la plata del mercado en figuritas”, recuerda el viejo encogiendo su pálido y arrugado rostro, en un esfuerzo por esbozar algo muy parecido a una sonrisa.

Ese tipo de locura no se compara con la supuesta fiebre por el actual Panini, que además entrega “certezas” que, una vez culmine el Mundial, serán registro equívoco del pasado. En dos años, cuando veamos la página de Francia, nos encontraremos con la falsedad de que Samir Nasri jugó el Mundial de Brasil, al igual que Ashley Cole con Inglaterra o Christian Benteke con Bélgica. Pensaremos, además, que el ‘Capitán América’, Landon Donovan, jugó para Estados Unidos cuatro mundiales consecutivos, lo que no es cierto. O puede ser peor, puede ocurrir que Raheem Sterling sea la gran figura de Inglaterra en Brasil, y en dos años, cuando uno revise el álbum, se encuentre con la fatídica sorpresa de que el atacante del Liverpool no estuvo presente. Un adefesio total. Ni siquiera esperaron a que se divulgaran las listas preliminares.

Pasó con Panini lo que con los álbumes familiares, que ya nadie los hace

por MAURICIO L PEZ



porque la onda es lo digital. Y es que ¿quién quiere tener un pesado libro lleno de fotos de medio cuerpo y con una información discutible, sabiendo que con un click se pueden ver mil fotos del belga Thorgan Hazard, el hermano de Eden, quien ni siquiera estará en el Mundial? Solamente los viejos, los pasados de treinta que se hacen pasar por hinchas pero no son capaces de recitar la formación titular del equipo al que alientan; o esa secta de jóvenes con complejo de adolescentes que van a fútbol para darle la espalda al partido; o algunos que se niegan a desligarse de los tiempos pasados, porque fueron mejores. O porque le tienen fobia a la tecnología, pues crecieron al aire libre.

No hay ninguna fiebre por el álbum Panini, no nos engañemos. No es fiebre que veinte fulanos se junten en las afueras de El Tesoro para negociar el “caramelo” de Neymar por diez mil pesos. Qué fiebre va existir por una colección tan fácil de completar; en la que Cristiano Ronaldo y Messi salen tan repetidos como el Árbol Botella o el Pequinés de los tiempos del álbum de Jet. En Medellín se vende más el de Atlético Nacional, e incluso tiene buena venta el de Antioquia es un Caramelo. A la gente le gustan las cosas con gracia, que aporten algo nuevo, algo inédito, que no sepa, y más a los jóvenes y a los niños, quienes son los que terminan arrastrando a los padres hasta La Bastilla o La América para comprar las “figuritas”.

La supuesta locura por el álbum del Mundial no es más que una campaña mediática de la gigantesca empresa italiana, asociada con la Fifa y, en Colombia, con Caracol Radio, El Tiempo y RCN. Además, Panini pauta en todos los medios grandes y medianos del país, en los cuales también hace concursos de todo tipo. Hace poco selló una alianza con Direct TV y hasta le paga a fastidiosas estrellas de la farándula criolla para que “tuiteen” bobadas sobre el álbum.

En Medellín hay un solo punto fuerte de venta del álbum: La Bastilla, donde más de treinta personas lo comercian explícitamente y algunas otras camuflan los sobres entre billetes de lotería o libros de segunda. En Junín con Maracaibo hay dos puestos más: uno junto al histórico revistero de la esquina de la tienda Bosi, y otro al frente, debajo de un carrito de gafas de sol.

Por Carabobo se puede observar, con paciencia, algún comerciante huido anunciando el álbum como se anuncian los aguacates. Más arriba, en Boyacá con Palacé, se ve uno que otro Panini compartiendo espacio con los más recientes éxitos del cine porno. Y también por Boyacá, antes de salir a Junín, una negra de impostadas trenzas lo vende con el más expresivo de los aburrimientos.

En el Obelisco hay quienes se reúnen a intercambiar láminas repetidas mientras apagan el calor del día con una buena cerveza. También hay quienes las intercambian en las canchas sintéticas de la 80 y Plaza Mayor, luego de un “picadito” entre amigos. Me dicen que al Tesoro también lo frecuentan algunos adictos al álbum. En todo caso, no se trata de una tendencia generalizada en toda la ciudad, son más bien iniciativas particulares de “yupis” que compran la caja de sobres de 120 mil pesos, y que no saben quién rayos es Miralem Pjanic o Lorenzo Insigne. Tampoco lo sabrán por el Panini, el que llenan con la única motivación de ganarse un premio en La W, si es que a Julito se le ocurre llamarlos antes de que arranque la fiesta en el “país más grande del mundo”. UC

*“No creo en Dios,
Creo en el Guayacán”*

Al conocer los guayacanes amarillos de Medellín, Ethel Gilmour supo que se convertirían en la escultura que tanto tiempo tuvo en la cabeza. La obra que le sirvió como un testimonio de su fe y su vida, de la cotidiana vista que tenía desde su casa hacia el Parque Bolívar, donde florece un guayacán.

“La relación de Ethel con los árboles fue muy estrecha. Su religión era un panteísmo naturalista. Creó un guayacán enorme rodeado por pinturas de pueblitos de Antioquia, porque, para ella, lo más auténtico que hay en Colombia son los pueblitos”, cuenta Jorge Uribe, el hombre por quien Ethel decidió dejar su natal Estados Unidos para radicarse en Medellín, donde también vivió con Madame de Pompadour, Pierre Cardin, Facultad de Artes y Rosa María de la Lluvia, algunas de sus mascotas.

“El mar y los árboles son como el alma después de la muerte”, dijo ella. Quizá dejó un poco de su alma en el guayacán que puso en el Museo de Antioquia junto a sus zapatos y su chal, rodeados de pueblitos que miran un árbol que parece el sol. “No creo en Dios, creo en el guayacán”.



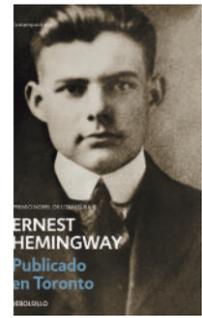
el Alemán Pues
— Restaurante & Cervecería —
Salchichas y cervezas alemanas

Cra 43B No. 11-76 Calle de La Buena Mesa
Tel: 268 44 20 - El Poblado

El Túnel
Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

Hemingway tenía veintiún años cuando comenzó a escribir para el Toronto Star. Ya había pasado, recomendado por un tío, por el Kansas City Star. Y había manejado una ambulancia de la Cruz Roja en la Italia de la Gran Guerra. A su regreso, cuando se aburría, de nuevo fue recomendado, ahora por una amiga de su madre. Llegó a Toronto. El joven, audaz en la guerra y en el teclado, terminó de corresponsal en París. Al regreso, de nuevo se aburre, pero al menos puede consolarse en los bares de Chicago.



CHICAGO BEBE MÁS QUE NUNCA

por ERNEST HEMINGWAY

The Toronto Star Weekly
2 de julio de 1921

Chicago. Durante una temporada después de la promulgación de la Ley seca, una aureola romántica surgió en torno a la obtención de alcohol en Chicago. El bebedor astuto solía hacer signos cabalísticos al camarero atento. Florecieron los cultos del dedo en alto y el manoseo de la oreja. Había cierto orgullo en el hecho de "ser conocido". Todo esto ya ha pasado.

Quiquiera que desee ahora una copa en Chicago entra en un bar y se la sirven. Conocido o desconocido, la obtiene por setenta y cinco centavos. Puede afirmarse que nadie en Chicago está a más de tres manzanas de un bar donde el whisky y la ginebra se venden abiertamente en la barra.

Los visitantes de otras partes de Estados Unidos se quedan estupefactos. Parece increíble. Sin embargo, la explicación es sencilla.

En Chicago, la policía urbana no interviene para hacer cumplir la Enmienda número dieciocho. Chicago siempre votó por el alcohol y la policía de Chicago, con la espléndida mente bovina del «Toro» americano, sigue sin considerar a una ciudad seca.

Hay ocho agentes federales de la Ley seca en Chicago. Cuatro de ellos se dedican a la burocracia y los otros cuatro vigilan un almacén. Y, exceptuando el precio del alcohol, la ciudad está igual que antes de que la Ley seca se convirtiera en una realidad en el resto del país.

También está la cuestión de la cerveza. St. Louis era la ciudad estadounidense donde se fabricaba más cerveza. Cuando la Ley seca entro en vigor, los fabricantes de cerveza de St. Louis creyeron que su negocio había tocado a su fin y convirtieron inmediatamente sus grandes instalaciones en fábricas de refrescos. Chicago captó el aviso, pero no lo creyó ni por un momento. Cerraron una temporada y luego volvieron a fabricar cerveza —de la verdadera— con un mayor porcentaje de alcohol del permitido mucho antes de la Enmienda dieciocho.

Ahora presenciamos el interesante espectáculo de la lucha entablada por las fábricas de cerveza de St. Louis para lograr la aplicación forzosa de la Ley seca, porque el tremendo negocio de las fábricas de cerveza auténtica de Chicago, que trabajan al máximo rendimiento, está absorbiendo la demanda de sucedáneos.

Cuando las fábricas de cerveza empezaron a producir a escala de antes de

la Ley seca, había mucha cerveza disponible en la ciudad, pero costaba cincuenta centavos el pichel. Entonces algunos bares y restaurantes comenzaron a reducir precios, y ahora la cerveza auténtica puede encontrarse a treinta centavos el pichel, quince centavos el vaso o cincuenta dólares el barril.

El otro día vi en un restaurante a tres policías montados ante sendos pichelos de cerveza. Tenían los caballos atados a la entrada. Cuando estuvimos sentados en nuestra mesa, vino el *maître* y nos pidió que le perdonáramos un momento porque debía mover la mesa hacia un lado. Nos levantamos, empujaron la mesa y se abrió una trampa desde la cual cuatro camareros uniformados de blanco hicieron rodar doce barriles de cerveza. Los dirigieron por entre las mesas, pasando por delante de los policías, que miraron con cariño los grandes barriles marrones.

—Es la misma de antes, Bill —comentó uno—, la misma buena cerveza de antes.

Y hasta aquí sobre la actuación de la policía en torno a la Ley seca.

Como es natural, hay batidas. Todos los propietarios de bares que venden alcohol abiertamente tienen que pagar por la protección policíaca y eso mantiene altos los precios. Para combatir esta necesidad de cobrar precios elevados por las bebidas, ha hecho su aparición el Athletic Club.

El Nowata Athletic Club es un ejemplo de esta institución. Su razón de ser es eliminar el fondo semanal de soborno para la policía. Hasta ahora su éxito ha sido total.

Después de pasar por delante de un vigilante rubicundo, de ojos de lince, tocado con un sombrero hongo, que está en la entrada jugando con un timbre eléctrico, se suben tres tramos de escalera hasta las salas del club. La entrada esta obstruida por una cadena que se quita tras la presentación de una tarjeta azul que lleva el nombre y el número del socio y el nombre del club. Una vez examinada, el socio puede entrar en el local.

El mobiliario del Nowata Club consiste en una serie de mesas y sillas. En cuanto uno se sienta, aparece un camarero negro con un número de bebidas igual al número de hombres que componen el grupo. El precio es de solo cincuenta centavos por vaso y el whisky ligeramente más viejo que el que se compra en los bares adyacentes.



—Fred —dicen al camarero—, aquí hay varios caballeros que quieren hacerse socios del club.

—Sí, señor —contesta Fred, muy digno—. Sírvanse escribir sus nombres en este troso de papel y tendré el honor de entregarles sus tarjetas de *sosio*.

Al cabo de poco rato los nuevos socios reciben sus tarjetas y de este modo se ve incrementado el número de socios del Nowata Club.

No se recuerda que nadie haya sido rechazado por el Nowata Club. Ahora tiene más de mil socios y promete ser pronto el mayor club de Chicago, al que pertenecen agentes de bolsa, agentes comerciales y hombres de los almacenes de La Salle Street.

La situación actual no puede durar en Chicago. El gobierno enviará a más agentes de la Ley seca o habrá una administración menos liberal, pero mientras tanto es curioso que una ciudad legalmente seca tenga el alcohol como una de sus ocupaciones principales. UC

La maestra de Dandenys



por ALFONSO BUITRAGO LONDO 0

Ilustraciones: Tobías Divad Nauj

Hay historias que nos pasan y las seguimos contando el resto de la vida. Son un carné de identidad, una marca. La historia de la maestra de Dandenys Muñoz Mosquera, alias 'La Quica' o 'La Kika' — como quieran escribirlo —, se la he escuchado a su protagonista varias veces. Una maestra jubilada que en 1979 tuvo en su clase, en una escuela "especial" del barrio Castilla, a un niño de trece años del que nunca imaginó se volvería tan famoso, y menos que sería juzgado como un criminal por participar en el estallido de un avión comercial en pleno vuelo, dejando 107 muertos.

Los hijos de la maestra le pedían cada tanto, en cualquier reunión familiar y entre risas, que contara la historia de Dandenys para mostrar hasta dónde podía llegar su ingenuidad. Se lo pedían con cierto orgullo, pues también demostraba que era incapaz de juzgar a sus alumnos. Ellos se enteraron de que su mamá conocía de cerca a un delincuente famoso cuando el rostro de Muñoz Mosquera apareció en un memorable cartel encabezado con un "Se Busca". ¡Y se dieron cuenta estando en un aeropuerto!

—¡Dandenys qué hace ahí! —dijo la maestra al verlo en un periódico que leía su marido en una sala de espera— ¡Eso es imposible!

Sus hijos la miraron como si de repente ella les estuviera mostrando una cicatriz oculta. Ahí les contó la historia de cómo lo había conocido. Quedaron aterrados. Al marido, que sabía bien como era su mujer, no le pareció extraño. Él había sido el principal patrocinador de los desprevenidos intentos reformativos que su esposa adelantaba con sus alumnos, bien fueran de Envigado, donde inició su oficio en 1969, o de Santo Domingo, Castilla, Alfonso López, Aranjuez o Villatina, donde se jubiló.

Se encariñaba con ellos, los llevaba a su casa para que jugaran con sus hijos, quienes de repente se veían obligados a comer, bañarse y quitarse los piojos con niños de barrios lejanos. Él

sabía que uno de esos, a quien le costearon un tratamiento odontológico, se había convertido en un matón de Bello; sabía que en el Alfonso López otro le pidió a la maestra que le guardara un arma porque lo iban a matar; en general sabía que muchos de sus exalumnos se habían convertido en sicarios. Ella se negaba a aceptarlo, como si el deseo la obligara a rechazar lo que pasaba fuera de su aula de clase.

En esas reuniones en las que los hijos le pedían a su madre que sacara su carné de identidad y se revelara de frente, mirando a la cámara, los amigos más cercanos se burlaban de ella por lo "bien educados" que le habían quedado los suyos, "así como La Quica".

En 1979 era la maestra de cuarto de primaria de una escuela creada para alumnos repetidores de años o expulsados de otras instituciones; estudiantes víctimas de abuso intrafamiliar, menores con hambre. "Niños difíciles". En ese momento no los llamaban "hiperactivos" o con "déficit de atención", pero a algunos los llevaban donde un psicólogo que les recetaba Ritalina.

—A mí no me gustaba porque llegaban a dormir —dice la maestra.

En su clase tenía unos veinte alumnos de entre doce y dieciocho años. Los conoció tarde, porque ese año tuvo un embarazo difícil y volvió en julio después de la licencia de maternidad. Al maestro que la había reemplazado, un joven recién graduado llamado Ricardo no le había ido bien. Le hicieron la vida imposible. Entregó el grupo haciendo una semblanza de cada uno de los alumnos y llegó el turno de Dandenys.

—De este negrito se tiene que cuidar, es muy peligroso. Me ha desafiado varias veces —le dijo.

La maestra no se sentía cómoda. Graduada como normalista y con diez años de experiencia como maestra, era una convencida de la metodología de "conducta de entrada", de conocer por sí misma a sus alumnos.

—No me venda más ideas —dijo ella.

Pronto se dio cuenta de que Dandenys no tenía vacíos de conocimiento ni dificultades de aprendizaje y, además, se mostraba amable y juicioso. Excepto un par de alumnos más, el resto del grupo estaba muy atrasado. El método pedagógico que utilizaba aprovechaba las fortalezas de los adelantados en favor de los que se habían quedado atrás. Dividió el grupo y nombró a Dandenys monitor. A veces se preguntaba de dónde venía su fama, pero no se atrevía a profundizar.

Además, Dandenys era servicial y muy trabajador. Le pedía materiales para ayudarlo en las clases de español y de manualidades. Una vez le dijo que lo habían expulsado de la escuela anterior "por disciplina", como a tantos otros.

Debido al retraso del grupo, la maestra no había tenido tiempo suficiente para hacer las visitas domiciliarias que acostumbraba para conocer mejor a los alumnos; estaba concentrada en conseguir que no volvieran a perder el año. Pensaba en sus futuros, en lo que sería de ellos si conseguían terminar la primaria; pensaba con el deseo y se los imaginaba de obreros o graduados de bachilleres en alguna escuela de trabajo; pensaba que era posible incluso que alguno llegara a la universidad. De hecho, ocurrió con varios de sus alumnos, con quienes se encontró en la calle años después.

—No sabía que Dandenys se iba a convertir en una persona tan conocida. A lo mejor le hubiera puesto más atención. Como me dijeron que era muy bravo, utilicé sus habilidades para mantenerlo ocupado, pero nunca tuve problemas con él.

Terminó el año y ese niño desgarbado, moreno, de dientes separados, pasó a quinto grado con otro profesor. En los descansos se encontraba con su anterior maestra y conversaban. Ese año, ella conoció la casa de Dandenys. No vio

nada particular. Una familia cristiana de quince hijos, con un padre policía y pastor y una madre predicadora.

Terminada la primaria no volvió a saber de él hasta unos cinco años después, cuando Dandenys ya se había convertido en La Quica, un sicario a órdenes del Cartel de Medellín. La maestra daba clases en preescolar y había salido con sus niños a un sector de Castilla donde había unos juegos infantiles, cerca de los tanques de agua de Empresas Públicas. Era una zona muy sola, pero la única cercana donde los niños podían jugar fuera de la escuela. Dandenys la vio y se acercó.

—¿Qué estás haciendo por aquí tan sola? —le dijo, la abrazó y le dio un beso—. Este barrio se ha vuelto muy caliente, ¿cuánto tiempo se tiene que quedar? —La actividad dura una hora —dijo ella.

—Yo la acompaño.

Recordaron algunos de los compañeros de primaria.

—A ese fulano lo mataron —decía él de tanto en tanto.

—Dandenys, ¿vos qué estás haciendo?

—Imaginate que me volé del ejército y me están buscando.

La maestra llegó a pensar en llevárselo para la casa y esconderlo. Sentía verdadero aprecio por él.

—¿Cómo podemos hacer para solucionar ese problema? —le dijo.

—Yo lo arreglo, acordate que mi papá fue policía y creo que él me puede ayudar.

La maestra se quedó tranquila. Tenía por principio creer en lo que le decían sus alumnos. Dandenys la acompañó hasta la escuela. Iba de malgenio y le decía que quería hablar con el director.

—¿Cómo es posible que mande a una maestra joven y sola con unos niños por allá?

La maestra lo convenció de que no hacía falta. Esa misma mañana en el aula de clase se encontró con otra alumna llamada Idolia, quien había sido compañera de Dandenys. Fue directamente a buscarla.

—¿Cómo se le ocurre a usted andar por Castilla abrazada de La Quica? —le dijo Idolia.

—¿Quién es La Quica?

—Pues Dandenys, ¿usted no sabe que él es La Quica?

La maestra no prestó atención. Tiempo después volvió a saber de él cuando vio su cara en el cartel de "Se Busca" y corría el rumor de que había participado en el atentado al vuelo HK-1803 de Avianca, ocurrido en 1989. Por esos días, una amiga periodista de Radio Súper, que también era maestra en la escuela especial, la llamó para entrevistarla.

—¿En la escuela le vio perfil de delincuente? —dijo la periodista.

—¿Perfil de delincuente? Le vi perfil de un muchacho deseoso de aprender lo poquito que se les pudo enseñar en esos meses. No le vi perfil de nada.

La periodista insistía, quizás buscando lo que quería oír, un indicio de alguna marca de nacimiento, de un daño genético que explicara el rumbo que cogen ciertas vidas. —La gente no entiende —dice ella—. Un maestro-maestro quiere a los alumnos como las mamás, a ciegas. Me acuerdo cuando la mamá de Pablo Escobar decía que su hijo era muy bueno.

Han pasado veinte años desde que Dandenys Muñoz Mosquera fue condenado en los Estados Unidos a diez cadenas perpetuas por el atentado al avión de Avianca, y a la maestra todavía no le cabe en la cabeza que ese muchacho hubiera cometido semejante crimen. UC



La villa de Mulhouse

por SILVIO BOLA O

Ilustración: Cristina Castagna

El circo Arlette Gruss levanta dos veces al año sus carpas blancas con llamas rojas, como la bandera de la villa, en el *Square Arlette Gruss*. Una placa en una jardinera con las banderas de la UE, Francia, Alemania y Mulhouse, recuerda a la fundadora del circo. Las carpas están en un baldío que sirve de parqueadero al estadio de fútbol del Illberg, que casi nunca se llena dado que los lugareños prefieren el hockey y el balonmano. Cuando no están la inmensa araña del circo y sus contenedores con animales y heno, la arena es el lugar ideal para jugar a hacer trompos en los carros. También es un espacio útil para el paso de los caminantes de la ribera del río Ill.

En Mulhouse sucede que las palabras tienen la pretensión de indicar las cosas con cierta ortodoxia, de manera que si pides una cerveza de primavera de la Abadía te la sirven en una copa de cerveza de primavera de la Abadía, que no en un vaso de soda Perrier. Igualmente, en la ribera del río, un caminante observará a las gallináceas donde el cartel indica el lugar de las gallináceas. Es cierto que de acuerdo a la hora el caminante podrá avistar nutrias, cisnes, patos, palomas, gansos y cuervos en la orilla correspondiente a las gallináceas, pero el desorden onomástico responderá a que se trata del momento en el que los caminantes van a tirarle pan a los avichuchos. El camino de la ribera del Ill se llama *Quoi des Cicognes*, y es común, en cierta época del año, encontrar en él a las presumidas cigüeñas alsacianas.

Las cigüeñas de Mulhouse han decidido trenzar sus nidos en los techos de los edificios vecinos a la residencia de estudiantes, en la pequeña montaña que da a las calles Frédéric Chopin y Albert Camus. En esta montaña las cigüeñas caminan, con sus patas plásticas y sus langarutas rodillas invertidas, y desde ella largan el vuelo hasta la ribera, el zoológico y el jardín botánico. De tanto atisbar a las cigüeñas he comprendido el porqué del mito en el que son ellas quienes traen los bebés a la humana especie. Dada la importancia del hallazgo, me permito citar dos ejemplos de mis observaciones ornitológicas. Hace tres años, en primavera, una familia de tres cigüeñas reinaba desde la pequeña montaña hasta el Bosque de los Filósofos, la universidad y el Ill. Podían verse juntas a las tres hasta que llegó el verano, cuando fueron dos. Días más tarde fue avistada la pareja en compañía de otro volátil más pequeño, al cual habían adoptado en sus rutinas. Esta pareja, habituada al tres, acogió a un tercero para continuar en trío ante la ausencia de su crío.

El segundo ejemplo no es menos notable: un día de otoño me fue dado presenciar una instrucción de vuelo en la *Quoi des Cicognes*. La cigüeña adulta voló desde la cancha de vóley hasta un poste sobre el cual describió un círculo antes de planear en el césped donde la aguardaban las dos cigüeñas jóvenes, quienes repitieron los movimientos de su antecesora. Si tres años de observaciones casuales me bastaron para descubrir ciertos hábitos paternos, los alsacianos han tenido tiempo de sobra para crear leyendas sobre las cigüeñas desde la época en que se pintaban de azul para espantar a los romanos.

Existen dos leyendas sobre la fundación de Mulhouse. Ambos relatos recrean la secuencia de un soldado herido en combate, quien llega a la vecindad de un molino donde es sanado por una mozueta con la que se casa y prospera; luego arriban mas soldados y los hechos se repiten alrededor del molino, donde florece la villa. Una de las leyendas afirma que el soldado pertenecía a los ejércitos con los que Julio César expulsó a los germanos hacia el otro lado del Rin, en el año 58 a.C.; la otra versión argumenta que el guerrero pertenecía a las huestes de Atila, quien azotó la región en el 451 d.C. Los años que separan dichas guerras nos dan cuenta de la formación de una villa pre-romana en torno al agua y a la agricultura, así como de la hospitalidad de sus muchachas. *Mulinhouson* es el primer nombre con el que se encuentra inscrita la ciudad en un registro, cuando la tierra fue entregada al monasterio de Fulda en el 803 d.C. No hace falta ser filólogo para sospechar que hablamos de molinos y de casas. *Milhüsa* es la forma en que se pronuncia el nombre afrancesado de Mulhouse en el dialecto de Alsacia, lo cual evoca al *Mühlhausen* de Turinga. Es razonable que una ciudad entre Suiza, Alemania y Francia haya pretendido su independencia, a la imagen de Florencia. En los últimos siglos la

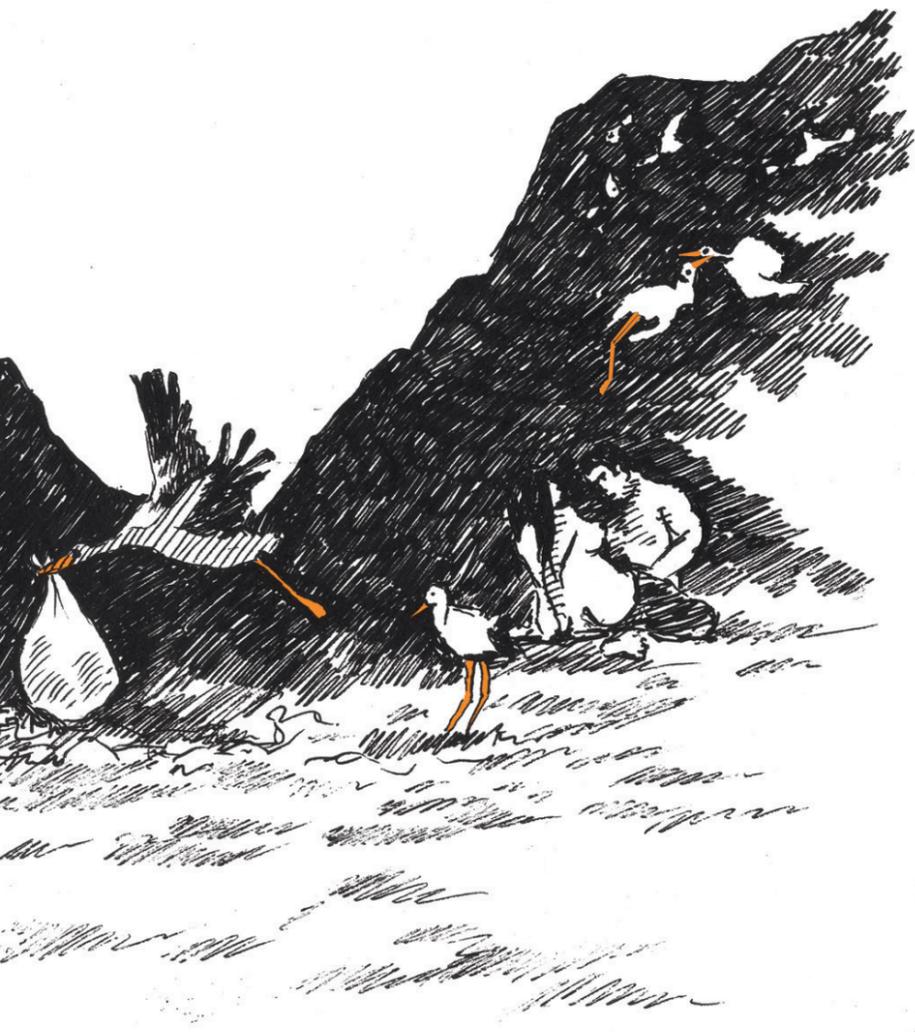
villa ha sido gobernada por Strasbourg y por los Habsbourg, ha firmado alianzas de defensa con los cantones suizos de Berne y de Soleure, pero ha sido anexada a Alemania o Francia de acuerdo a los tratados en los que concluyeron las guerras modernas. Tras tantos siglos de querellas, los descendientes de los molineros han aprendido a usar a su favor la fortuna que les otorga la vecindad y alianza con los suizos, la cercanía lingüística y cultural con los germanos, tanto como su nacionalidad y administración francesas.

Acaso la leyenda de la hospitalidad de los molineros sea una realidad en la Mulhouse de 2014, donde habitan ciudadanos de 136 nacionalidades, uno de los más altos porcentajes de multiculturalidad entre las zonas urbanas de Francia. El tranvía es un gusano amarillo donde se escucha un constante atonalismo de acentos y lenguas, cual Babel repuesta en las llaves de un acordeón que suena gracias a la rueda que anima al fuelle de la ciudad. El molino está en la bandera y el escudo, como blasón que viene grabado en las tapas de las alcantarillas, las esquinas, las señalizaciones, los frescos, la publicidad. La omnipresente Rueda de Mulhouse representa un molino de agua con escudo de plata a través de una rueda de ocho aspas en sangre, lo cual asemeja a un engranaje, una tuerca o una mira de disparo. Esta rueda, símbolo de progreso y de equilibrio, es un escudo tan moderno como arcano, características ambiguas que le confieren un interesante hermetismo. En cierta fachada de la *Rue des Tanneurs*, la rueda de molino

y la heráldica de otros frescos de Alsacia y Suiza se confunden con un compás, una regla y un curioso "AG" que ponen en evidencia la presencia de la francmasonería.

En 2012 tuvo lugar una exposición sobre la época de dominación del nazismo, en la cual exhibieron los retratos de grupos de mulhousianos uniformados y activos en los desfiles. La villa de Mulhouse, que desde 1466 tiene un pacto militar con Suiza y desde 1515 está asociada a los trece miembros de la confederación helvética, fue invadida durante cuatro años por el Tercer Reich. Tras la Segunda Guerra la región experimentó una época de progreso industrial, al explotar sus minas y descollar en la fabricación de textiles. Los dueños de la empresa legaron tras la quiebra una preciosa colección de coches de lujo que está expuesta en la *Cité de l'automobile*, uno de los museos de automóviles más valiosos de Europa. Un par de propiedades de las fábricas abandonadas han sido usadas como universidad y teatro, mientras las demás son ruinas que dan cuenta de la decadencia industrial, el despilfarro y la misma estética del graffiti-rap de todos los muros de Occidente. Alsacia, como otras regiones de Francia, recibió a cientos de inmigrantes de sus antiguas colonias para robustecer la mano de obra tras la Segunda





Guerra Mundial. En 2014, los franceses que son hijos de segunda y de tercera generación de inmigrantes forman parte de una escena postindustrial donde no existe la cultura de la profesionalización y es cada vez mayor la apatía hacia la “república de bienestar” de la cual se benefician. Hay muchos niños franceses que no saben hablar bien francés, así como franceses de segunda y de tercera generación que no saben escribirlo. También existen aquellos que, hijos del mestizaje como los latinoamericanos, han adoptado un poco de todo al construir su identidad, y luego habitan a sus anchas en un mundo de interesante sincretismo.

La villa de los molinos se encuentra en la vecindad de las fábricas de la Peugeot Citroën, y a cuarenta kilómetros de la central nuclear de Fessenheim, la más antigua del país y la más nuclear del mundo. Como la mayor parte de trabajadores habita en suburbios y las fábricas quedan en la periferia, la región ha desarrollado un eficaz servicio de transporte público, lo cual ha reducido el precio de los automóviles. En estos suburbios se lleva a cabo uno de los deportes nacionales de Francia del que la región de Alsacia es campeona: cada 31 de diciembre, equipos de energúmenos prenden fuego a carros particulares elegidos al azar.

Por esa misma época el centro de Mulhouse es un museo de la navidad alsaciana: para el mercado de Noël la comuna levanta tiendas con productos típicos frente al Templo *Saint-Étienne* (la iglesia protestante más grande de Francia), donde el olor del vino caliente se mezcla con el de las salchichas, los morrones, los *bretzel*, la *tarte flambée* y el tradicional pan de especias. El resto del año el centro presenta sin maquillaje alguno esa tensión existente entre la villa tradicional, con construcciones de arquitectura alsaciana como casas de chocolate, y el engendro del rascacielos llamado *Tour de l'Europe*; el templo destinado a actividades laicas como exposiciones de arte y conciertos; el suelo de piedra, las placas históricas y los homenajes a Guillermo Tell, quien diera un salto cuántico en la historia al encajarle el tiro a la manzana, aunque no hubieran existido; las tiendas de moda y los restaurantes esnob no lejos de los comederos *halal* de los inmigrantes; las oficinas del partido socialista frente al supermercado de cadena (ambos abren el primero de mayo); el histórico Hôtel de Ville con las virtudes teologales pintadas como frescos, su museo, su sala destinada a las reuniones del concejo y su inmenso nido de cigüeña que gobierna en el techo de la *Place de la Réunion*. ^{UC}

Mulhouse, Alsace, 4/5/2014

TEATRO PRADO
EL ÁGUILA
DESCALZA

Presenta:
FÓRMULA 3
Pa'l desestrés

Águila +
Rolo +
Parcero
= Fórmula 3

\$60.000

Vuélese pa'l Teatro Prado

INF 284 4211
www.aguiladescalza.com.co

Inbolsa.com
444-8300
#893

Medellín
Todos por la vida
Alcaldía de Medellín

MinCultura
Ministerio de Cultura
PROSPERIDAD
PARA TODOS

Un espacio para restaurarse: libros, regalos, cafés, tés, sánduches, ensaladas, repostería fina, wi-fi.
Calle 53 # 64 a 27
Barrio Carlos E
Restrepo
Tel. 2301836

EXLIBRIS
café
libros
repostería

Kaldi
Kaffe

Planetario de Medellín
entrada principal
Tel: 263 2511

Carlos E Restrepo
calle 53 # 64A 31
tel: 260 1355

panadería natural, cafés de origen.

graph&o
ecoprinting

El arte de crear
impresiones

www.graphyco.com

Bogotá 2568403
Medellín 4484960

fine art - deco - POP

por ANDRÉS DELGADO

Fotografías: Juan Fernando Ospina



Frutos de la pasión



En la Cevichería Ostras Miramar se venden jugos afrodisíacos. Si fueran más exagerados en su publicidad, dibujarían un cañón de la artillería napoleónica y su eslogan diría: “para la guerra”. Pero no. En la esquina del edificio Portacomidas, en la Plazoleta Nutibara, donde está ubicado el negocio, hay un eslogan mucho más discreto: “Porque es hora de invertir en su salud”.

Como la idea no es tomar jugo, ni cargar la artillería, sino reportear, me presento y pongo cara de pendejo, la cara que tengo a toda hora, con la intención de camuflarme y preguntar todo lo que necesito. Ostras Miramar lleva vendiendo jugos y ceviches desde 1968, es decir, 45 años en el mercado. Una reliquia del Centro de Medellín y una solución para quienes detrás de su “salud”, pretenden mejorar su desempeño y dejar en limpio su nombre y su catre.

Don Arley, administrador del negocio, con 65 años de edad, trabaja desde los veinte años en la cevichería. Lleva puesto delantal y gorra blanca, como si fuera un panadero, y me mira torciendo los ojos, con un recelo exagerado detrás de la barra de atención. No cree que esté entrevistándolo. De nada valió poner la cara de cronista que vengo ensayando desde hace días en el espejo de mi baño. Necesito lentes y gorrita de poeta para coger mayor confianza. Para intentar relajarlo y detener la avalancha de preguntas, ojeo la cartelera: ceviche, coctel de ostras y almejas, jugos y vitaminas. El ceviche de camarón por \$9.200, el mismo ceviche combinado con ostras \$9.700 y con palmitos de cangrejo a \$10.000. En vez de invertir en Viagra, debería invertir en jugos.

El término afrodisíaco viene de Afrodita, divinidad griega relacionada con la fecundidad y la energía primaveral. Pero la ciencia aún no ha probado que alguna comida en particular aumente el deseo o el rendimiento. Es decir, los afrodisíacos no existen y aun así estimulan el apetito sexual. Conforme un producto se publicita como afrodisíaco, la mente se programa y lo hace funcionar como tal. Porque eso sí está demostrado: el poder que tiene la mente sobre el cuerpo. La garantía

del placebo funciona tanto para dolores de cabeza como para el ánimo en el colchón.

Una de las opciones me atrae: Amor prohibido. Le pregunto a don Arley la formulación del coctel. El hombre carraspea, duda, pero finalmente contesta a toda velocidad. Aun así, queda en la libretica: “Amor prohibido: aperitivo con Piña Colada, vino Cherry, huevo, pedacito de banano, leche, vitamina Ginseng y azúcar”.

—Aahhh, ya... —Y me rasco la cabeza—. ¿Y la Súper bomba?

—Vale seis mil ochocientos.

—Sí, ¿pero qué lleva? —Le pregunto pensando en que para la próxima me pongo un chaleco que diga “Prensa”.

Entonces el hombre contesta como un rayo:

—Lleva ostras-borojón-chontaduro-vitaminas Ginseng-colagranulada-miel-huevodecordoniz-leche o naranja.

Anoto. Entonces don Arley me clava los ojos con violencia.

—¿Vas a montar un negocio como este?

—¡Qué va, hombre! —Y entiendo la tensión que le genero.

Si don Arley estaba incómodo conmigo, ahora el incómodo soy yo porque no quiero quedar como un espía ingenuo.

Según la magia empática, “lo similar produce lo similar”, es decir: los efectos se parecen a sus causas. De esa manera, para aumentar el apetito sexual en los hombres se recomiendan las criadillas de toro y las pastillas con extracto de cuerno de rinoceronte. El plátano, el pepino y los espárragos. Y para las mujeres: las conchas, las ostras y las almejas. La magia empática es producto de nuestra capacidad para buscar correspondencias y similitudes inexistentes.

Para bajar los celos de Don Arley, pido un jugo de borojón, con pócima de ginseng, por \$3.200.

Con esa trayectoria de 45 años uno podría apostar que una parte importante de la población de Medellín es producto de los nutritivos abonos al aparato reproductor que ofrece Ostras Miramar. Su papá seguramente se tomó en los setenta u ochenta un buen jugo

de chontaduro con huevo y Cola Granulada antes de encontrarse con su mamá en la Cafetería La Sorpresa, en Carabobo con la Avenida de Greiff.

El chontaduro tiene un sabor difícil. Un chiste flojo dice que el chontaduro es afrodisíaco porque quien sea capaz de comerlo, se come lo que sea. Me voy tomando el espeso sorbete y siento en el cuerpo el poder del borojón y el ginseng. El borojón también es utilizado como emplastro para curar la celulitis, como diurético y fue utilizado para embalsamar cadáveres. Tal vez el efecto en los embalsamientos fue la inspiración para aumentar durezas vivas. El ginseng permite controlar la presión arterial y estimula el sistema nervioso central donde se activa la capacidad de concentración. También disminuye la sensación de fatiga, produce insomnio y agresividad. También produce erecciones, pero no porque abra el apetito sexual, sino por una causa mecánica: es un estimulante vasomotor.

Mientras tanto va llegando la clientela a la cevichería. Esposo, esposa, hija. Para la señora y la niña: un milo y un jugo de naranja. Para el señor: una bomba especial con chontaduro. Viene a la barra otro cliente y pide jugo de ostras con Potencial. Nada menos: ¡Potencial! Otro pide lo mismo pero le adiciona un embrión de pato. Otro pide una “terapia celular”. Con todos allí, le pregunto a don Arley qué es lo que más piden las mujeres. Pero el hombre no dice nada.

—Camarones —contesta la señora que vino con su esposo.

Otro dice: “Estos jugos son para hombres y mujeres”. Y otro tipo que está atento dice: “Todo es mental”. Y uno más que hace de gracioso: “Lo más afrodisíaco es una mujer empelota”. Ahora todos comentan. El tema nos afloja la lengua. “Las ostras alimentan el cerebro”. “A mí me funcionan las lentejas”. “Chontaduro, almejas con leche y miel”. “Mire le pago”. “Es mejor esto que el Viagra”. “¿A cómo las tortas?” A la conversa se suma don Arley y cuenta que uno de los clientes más asiduos de Ostras Miramar es Margarito, el clásico Margarito, el travesti del Centro que anda con un gallo en la cabeza y arrea un perrito faldero. Cuando Margarito llega a Ostras Miramar siempre dice lo mismo de su compañía: “Ando con la perra de mi hermana y el gallo de mi mujer”. Nos reímos. La vaina con don Arley parece que afloja. Ojalá que sí.

De la misma manera que hay jugos para aumentar las ganas, existen jugos para bajarlas. Para tranquilizarse y andar relajado en esos veranos terribles sin amores. En el ejército utilizan el quenopodio para bajar el empuje, para purgar a los reclutas y mantenerlos relajados, sin pensar mucho en las novias, las pajarracas y el encierro.

Lo mismo que el borojón, el Viagra no es un afrodisíaco, pero funciona así. Te bajas una pastica con vinotinto luego de una cena romántica y ya estás pensando en la silla del amor. Porque eso también es cierto, nada como la imaginación para poner en marcha la libido. Así que te haces un cóctel de fantasías rijosas y a ello le mezclas un componente químico que ayuda a la circulación de la sangre, y ya estás jodido.

Ahora, y acá viene otro punto importante, los alimentos que poseen virtudes circulatorias son altamente publicitados como afrodisíacos, pero el tema de la circulación solo favorece a los hombres. Así que todos seguimos esperando el afrodisíaco femenino. Este machismo nos va a matar.

¿Los afrodisíacos sirven? ¿Verdad? ¿Mito? Por ahora llegó la hora de pagar mi jugo de borojón, le extendo el billete a don Arley. El hombre se niega:

—Deje así —dice—. Cuando salga la crónica, lo invito a una súper bomba. UC

Hoy y mañana contigo

- Construimos • Logramos • Cuidamos
- Disfrutamos • Aprendemos



VIGILADO SUPERINTENDENCIA DEL SUBSIDIO FAMILIAR

Informes 444 71 10
comfenalcoantioquia.com



¡salva la vida de miles de animales!

18ª JORNADA DE ESTERILIZACIÓN GUAJIRA

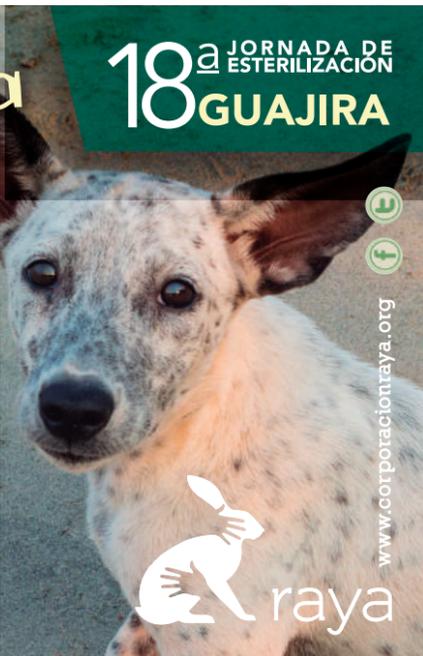
Julio 2014

Meta: 200 animales

Valor: \$40.000

Cada patrocinador cubre el valor de la cirugía de esterilización de un perro o gato de la región y recibe un certificado virtual con su nombre y la foto del animal beneficiado.

Cuenta ahorros Bancolombia
238 974972 21 a nombre de RAYA



www.corporacionraya.org



Ver, Pensar y Hacer

TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ

Calle 11A N° 43E-5 · 3er piso · 301
Tel. 2 66 10 01 · Cel. 311 219 54 33

Descubre como conseguir flujo continuo de clientes y cómo hacer crecer tu negocio utilizando Mercadeo Digital



www.cohete.net



+info
f/Vegardianos



Una deliciosa experiencia para el gusto y los sentidos. Comida gourmet, preparada con ingredientes naturales.

Domicilios

366' 2289

Nueva Villa de Aburrá
CII 32B 81-41

En ciclismo se llama prólogo a la presentación de los pedalistas en una corta etapa a cronómetro. Se trata de ordenar un poco la fila con una venia en posición aerodinámica. Aquí tienen un preámbulo, que no prólogo, del libro digital escrito por el articulista español Carlos Zúmer y publicado por el proyecto california-edit.com. Diez capítulos, etapas si quieren, tiene el libro inaugural del hombre de Boyacá: *Nairo, la construcción de un nuevo escarabajo*.

El Mont Ventoux es un infierno pálido. La montaña lunática no renuncia a ninguno de los ingredientes básicos del martirio ciclista —altura, pendiente y longitud— añadiendo además el factor del viento. El nombre del monte no es casual. Agudiza la dureza de una ascensión de 21,4 kilómetros al 7,2% de desnivel medio hasta los 1912 metros sobre el nivel del mar, un viento mistral que azota con frecuencia la cumbre, desnuda de árboles y vegetación. Durante años la deforestación fue intensa a cargo de la industria naval de Toulon.

Dominando el valle del Ródano, el Ventoux constituye desde la distancia un trampantojo fantástico. La roca caliza y yerma insinúa el espejismo de una montaña nevada durante todo el año, pero solo lo está en temporada invernal, y el calor es sofocante en su cima pelada. En cuanto a su renombre, el Ventoux cuenta con una reputación de puerto maldito que sobrepasa los episodios de ciclismo inolvidable de los que puede presumir este gigante provenzano.

Cuando Nairo Alexander Quintana Rojas (Tunja, 1990) demarró en sus primeras rampas, con un mundo de trece kilómetros por delante, todos pensaron que iba en busca de la victoria de etapa, logro ya de por sí extraordinario para él y para su país en aquel Tour de Francia de 2013. Pero nada más lejos de la realidad: “Lo probé desde lejos porque quería recortar todo el tiempo posible en la general”, aseguró después ante los periodistas.

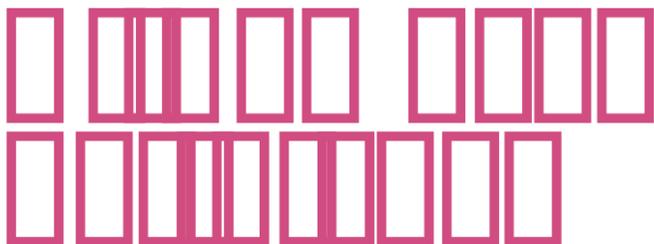
Se colocó en cabeza de carrera con cincuenta segundos de ventaja sobre el lote, pero cuando se desataron las hostilidades su distancia se vino abajo. Los hombres del equipo Sky encendieron el rodillo y el líder Chris Froome cazó a Quintana a siete kilómetros de la cima. Ambos formaron la pareja del día.

Caminaron a relevos durante varios kilómetros para abrir diferencias a través de aquel paisaje calcáreo, pero las fuerzas de Nairo terminaron apagándose. A menos de un kilómetro y medio para la meta, el boyacense cedió ante la rueda de su rival. “Pagué el sobre esfuerzo anterior”, reconoció luego. “Froome es el más fuerte, no se debe negar (...) no fui capaz de seguirle”.

El ciclista colombiano cruzó la raya en segunda posición con su rictus de siempre, circunspecto, ajeno al tormento de su cuerpo. Pero la palidez en su cara delataba un castigo severo e incluso insospechado para él, como declararía más tarde: “Nunca había entrado tan vacío de fuerzas. Quizá haya sido el día más duro que he realizado en competición sobre la bicicleta. Aparte, cuando empecé el puerto sangraba por la nariz. Terminé totalmente exhausto”.

La retransmisión televisiva no logró captar en directo la escena que mejor ilustran sus palabras.

Quintana ganó la meta, redujo la marcha hasta llegar a la altura de su ayudante, el masajista Borja Jaimerena, y se apoyó mansamente sobre este. Con su ayuda desmontó y se sentó en el suelo, las piernas estiradas, la cabeza agachada



por CARLOS ZÚMER

Ilustración: Verónica Velásquez



y el cuerpo agitándose entre fuertes respiraciones. Alrededor, todos se agolparon como curiosos sobre un cuerpo recién descubierto. El auxiliar le puso una chaquetilla en los hombros y le animó a recuperarse. Entonces, con un suspiro, Quintana se dejó caer hacia atrás, sobre los brazos de Jaimerena, que lo acunó como un moribundo. “Descansa, descansa”, le apremió con suavidad. Tras las gafas negras y los pómulos hundidos no se apreciaba presencia alguna. Había un silencio espeso entre la gente, solo quebrado por los fotógrafos y el helicóptero de carrera que sobrevolaba la zona. Entonces, pasa un momento y Nairo musita al ayudante:

—“Dame agua”. Este le pide que se enderece para beber y Quintana obedece, aunque aún permanece sentado.

Sigue quebrado por la fatiga pero ya ha salido del trance. La escena termina cuando, por fin, se pone de pie.

El muchacho con sed acaba de graduarse. No es una actuación aislada. No viene de ninguna parte. Acaba de culminar, con una de sus mejores páginas, una progresión extraordinariamente estable y tenaz, una aventajada aproximación a la élite. No importa que haya quedado

segundo. No importa que tenga veintitrés años. Exprimido por una montaña temible, Nairo hace acto de presencia aquel 14 de julio con un coste considerable, pues ha alcanzado la meta bordeando peligrosamente sus límites. Sin embargo, por consumido que parezca, es el comienzo de un Tour extraordinario para él donde asumiría el liderazgo de su equipo y tutearía al maillot amarillo. Aquel día, además, apuntó el inicio de una carrera deportiva llamada a luchar por los grandes objetivos.

Como una tentación feliz e inevitable, aquella jornada Colombia se transportó de golpe a los años ochenta, la época triunfal en la que los escarabajos (sobrenombre que los corredores colombianos recibieron en esa época) asombraban a Europa con sus febriles escaladas. De algún modo Nairo había pulsado ese interruptor, al tiempo que cierto renacimiento cafetero despuntaba definitivamente en las carreteras del mundo. Medio muerto en la meta del Mont Ventoux tras una cabalgada audaz, Quintana inaugura entonces un nuevo capítulo de la historia del ciclismo colombiano. Probablemente, el mejor de todos. UC



www.cinéfagos.net

cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

HAY UN **CONEJO** EN LA LUNA

EXPEDICIÓN LUNAR

EN PLANETARIO

Crónica lunar en Domo:

"Regreso a la Luna". Premio Google Lunar XPrize, sobre iniciativas ciudadanas para redescubrir la Luna.

Charla sobre exploración espacial.

Misiones, resultados y mitos sobre la llegada del hombre a la Luna y la exploración actual.

Actividades experimentales:

Misión lunática para niños de 7 a 12 años.

Caminarás sobre la Luna para descubrir cráteres y "mares sin agua", rutas de misiones espaciales o enigmas: ¿Por qué la Luna nos muestra siempre la misma cara?

Construyendo la cara de la Luna: Actividad corta para todos. Simulaciones de impactos sobre la superficie lunar, y efectos en el origen y evolución del Sistema Solar

Las mil y una Lunas: Actividad para niños de 5 a 8 años sobre la Luna en distintas culturas

Simulador de exploración lunar: Construcción de prototipo robótico. Especial para colegios.

